

9968

Julio 1866.

Julio 18.

LA FAMILIA,

COMEDIA ORIGINAL EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

DE

DON TOMÁS RODRIGUEZ RUBÍ.

SEGUNDA EDICION.

MADRID:

ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA,

CALDERON DE LA BARCA, N. 4.

1866.

L47
3684

LA FAMILIA

UNO DE LOS GRANDES AUTORES DEL SIGLO XIX

CON UNA INTRODUCCION

LA FAMILIA.

Por don Juan de Dios...
Traducida por...

SEGUNDA EDICION

[Faint signature or text]

Madrid

Imprenta de don Juan de Dios...

99-6^a

LA BARRIE

LA FAMILIA,

COMEDIA ORIGINAL EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

DE

DON TOMÁS RODRIGUEZ RUBÍ.

Estrenada en el teatro del Circo en 11 de Abril de 1866, á
beneficio de la primera actriz Doña Matilde Diez.

SEGUNDA EDICION.

Eduardo Hidalgo

MADRID:

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1866.

PERSONAJES.

ACTORES.

NARCISA, 33 años.....	SRAS. DIEZ.
SABINO, 17.....	LOMBIA.
TEODORA.....	ZAPATERO.
SANTOS, 40.....	SRES. CATALINA (D. M.)
FERNANDO, 40.....	CATALINA (D. J.)
DON GERÓNIMO, 68...	OLTRA.
GUILLERMO, 20.....	MARIO.
MARCOS.....	ESTESO.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, quien perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente sin su permiso.

Los Corresponsales y agentes de la *Administracion Lirico-dramatica* son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todas las poblaciones del reino.

Queda hecho el depósito que exige la ley.

AL PRIMERO DE NUESTROS POETAS COMICOS,

EL EXCMO. SEÑOR

D. MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

Mucho he vacilado, mi querido Manuel, antes de escribir la presente obrilla, porque me parecia demasiado *sentenciosa* para lo que hoy entre nosotros se exige á una comedia. Estaba á punto de renunciar, como vulgarmente se dice, *á meterme en honduras*, cuando en la REVISTA DE TEATROS de uno de nuestros primeros diaricos políticos leí las siguientes palabras.

«Es una desgracia, pero es una verdad, que el teatro moderno español, contando en su seno brillantes reputaciones y sobresalientes ingenios, adolece, salvas algunas excepciones, de cierta *raquitis* moral y filosófica contra la que lucha en vano la inspiración poética de nuestros autores. En vez de abordar con franqueza las innumerables cuestiones morales y sociales que ofrece nuestro siglo, en vez de imprimir al teatro el carácter que el progreso de la civilizacion le señala, vemos con frecuencia á la Talia española entretenida con algunos asuntos triviales y manoseados, *en que ninguna leccion se recibe*, y que solo á fuerza de talento sirven para proporcionar algun solaz á los espectadores.»

Creo, como el autor de las líneas que preceden, que el Teatro, sin erigirse en cátedra, y mucho menos en tribunal, puede y debe servir para algo mas que para *entretener* agradablemente á los espectadores.

Impulsado, pues, por el consejo de la critica contemporánea, y sostenido por mi propia creencia, volví sobre mi ya casi abandonado asunto, en el que he procurado mezclar lo *útil* con lo *dulce*, encaminando su leccion al provechoso objeto de que se estrechen mas y mas los hoy un tanto alojados lazos de la familia. ¿Habré acertado á expresar claramente mi pensamiento, ó me habré perdido en las vaguedades de una metafísica indi-

gesta? Pronto el público resolverá mi duda con su inapelable fallo, señalándome tal vez la senda que debo recorrer en lo futuro.

Entre tanto declaro que mi intencion ha sido buena, y mejor todavia el pensamiento de poner esta mi novísima comedia al abrigo de tu esclarecido nombre.

Ruégote que la acojas con la benevolencia que has dispensado siempre á los modestos frutos de mi ingenio, y que admitas con ella el público y afectuoso homenaje que tributa al príncipe de nuestros cómicos modernos, al modelo de virtudes domésticas y de buenos ciudadanos, el que se complace en recordar que hace muy cerca de treinta años es tu discípulo, tu amigo y apasionado admirador

Tomás.

ACTO PRIMERO.

Sala comedor en casa de D. Fernando. Puerta en el fondo: otra á la derecha del actor y otra á la izquierda. En el centro una mesa obalada con tapete de hule y lámpara colgada del techo. Á los lados de la puerta del fondo, aparadores con vajilla. Muebles propios de un comedor.

Aparecen Teodora dando vueltas alrededor de la mesa y Sabino persiguiéndola: se detienen quedando la mesa en medio de ambos.

ESCENA PRIMERA.

TEODORA, SABINO. ¹

SABINO. Espera, desventurada.

TEOD. No, que es usted muy travieso.

SABINO. Pero si no es mas que un beso.

TEOD. ¡Como quien no dice nada!

SABINO. ¿Y un beso es algo?

TEOD. Friolera!

segun acá mi chirumen...

SABINO. Eh!... un beso, un beso en resúmen.
es cosa que cae por fuera.

TEOD. Pues ya!

1 Este papel lo desempeñará una actriz.

- SABINO. Y si al fin ha de ser,
(Acercándose.)
que no persistas espero...
- TEOD. (Retirándose.) No quiero, vamos, no quiero;
que me he confesado ayer.
- SABINO. Oiga! ¿en plena gracia estás?
mejor!... no es impedimento:
¿sabes de algun mandamiento
que diga. «No besarás?»
- TEOD. Yo? Jesus!...
- SABINO. ¡Qué candidez!
No de tan poco te asombres;
para nosotros los hombres
eso es una pequeñez.
(Volviendo á perseguirla.)
Con que...
- TEOD. (Huyendo) ¡Que vienen!
(Aparece Marcos por el fondo trayendo una bandeja
con servilletas, cubiertos y copas.)

ESCENA II.

TEODORA, SABINO, MARCOS.

- SABINO. Mastuerzo!
- MARCOS. (Cuando digo...)
- SABINO. Impertinente!
¿á qué entrar tan de repente...
- MARCOS. Si traigo para el almuerzo...
- SABINO. Pues se avisa; es mas sencillo
y mas al orden se ajusta...
- MARCOS. (Dejando la bandeja sobre la mesa.)
(Teodora, esto no me gusta.)
- TEOD. (Eh!... Marcos, ¿si es un chiquillo!)
- MARCOS. (Dirigiéndose al fondo.)
(¡Hum... Con el niño...)
- SABINO. (A Marcos, que sale.) ¡Anda apriesa!...
(Á Teodora.)
Nos volvimos á quedar...
- TEOD. Pueden pedir de almorzar
y aun no está puesta la mesa.
¿Me la deja usted poner?

SABINO. Pónla.

TEOD. Y usted...

SABINO. (Retirándose.) Por supuesto;
(Se coloca los lentes y pasea afectando un aire de hombre importante)
yo sé esperar en mi puesto,
que es hoy lo que hay que saber.

TEOD. (Colocando los cubiertos.)

¿Esperar?

SABINO.

Esa es la ciencia,
la ciencia magna, Teodora;
el cáncer que hoy nos debora
no es mas que el de la impaciencia.
¡La impaciencia! Pero trato...

TEOD. ¿De esperar?

SABINO.

Cierto, á mi modo...

TEOD. Y ¿qué espera usted?

SABINO.

¿Yo? todo.

TEOD. Pues tiene usted para rato.

SABINO. ¿Por qué?

TEOD. ¿Por qué, señorito?

SABINO. Vamos á ver tu meollo...

TEOD. Porque aun es usted un pollo
tan tierno... ¡tan tiernecito!

SABINO.

(Contoneándose.)

Ps... no tanto... y ya algun hecho
me acusa por varias partes:
ya soy bachiller en artes,
y no lo soy en derecho...
por mi carácter apático...
en el curso habré asistido
un mes... y el curso he perdido;
¡intrigas del catedrático!
Mas soy redactor de «*El Pária*,»
y en él, pues por ahí me da,
me está encomendada la
reseña parlamentaria.
Yo haré que mi pluma irradie
sobre la verdad su puro...
al que no me plazca... ¡duro!
¡yo no me caso con nadie!
Ayer habló en el Senado

mi abuelo...

TEOD. ¿El señor mayor?

SABINO. Pero estuvo el buen señor
tan infeliz, tan pesado,
que aunque es mi abuelo y le estimo,
en el número de hoy
lo merecido le doy.
¡Qué varapalo le arrimo!

TEOD.

¡Á su abuelo!

SABINO.

Al Preste Juan
que sea, con mi metralla...
Es mi abuelo una antigualla
de allá del tiempo de Adán.
Con sus humos de tirano,
con esa tupida venda...
no he logrado aun que comprenda
la ley del progreso humano.
No hay manera de que admita
ninguna version de ahora:
toda vejez le enamora;
toda novedad le irrita.
Y siempre «¡La autoridad!
¡la tirantez! ¡el rigor!...»
Confundiendo el mal humor
con la Augusta gravedad...

TEOD.

Bah!... no es fundada esa queja.

SABINO.

¿Cómo que nó?

TEOD.

¿De la adusta
vejez dice usted que gusta?

SABINO.

Sí.

TEOD.

Pues yo no soy tan vieja.

SABINO.

Eh?...

TEOD.

Tiene sus alborozos,
y conmigo es tan francote...

SABINO.

Porque eres como *el Quijote*
que gusta á viejos... y á mozos.
(Le da un beso.)

TEOD.

Ah!

(Aparece Marcos con un rimero de platos y deja caer uno al suelo al ver que Sabino besa á Teodora.)

ESCENA III.

DICHOS, MARCOS.

- MARCOS. Oooh!
- SABINO. ¡Qué torpe!
- MARCOS. Es merced
que me hace usted... Un maldito
clavo... Cierto, señorito,
(Con intención mirando á Teodora.)
soy menos listo que usted.
- SABINO. Vamos, deja ese embeleco
de platos...
- MARCOS. (Dejándolos sobre la mesa.) Por de contado...
(Bajo á Teodora.)
¡Teodora!... ¡cómo ha sonado!
- TEOD. (Bajo.) No hagas caso, es un muñeco.
- MARCOS. (Id.) Pero que besa... y te juro...
- SABINO. ¿Qué es lo que ahí te detiene?
- MARCOS. Nada... voy...
(Retirándose.) (¡Qué prisa tiene...
jesto se pone algo oscuro!) (Sale.)
- TEOD. ¿Lo ve usted?
- SABINO. Yo ¿qué he de ver?
- TEOD. ¡Me gusta! sus niñerías,
sus bromas y demasías
me van á comprometer.
- SABINO. ¿Crées que Marcos?... Si me vende...
Nada temas!
- TEOD. Guarda, Pablo...
- SABINO. Marcos es un pobre diablo
que ni oye ni ve ni entiende.
- TEOD. Á mí que entienda ó que no
es cosa que no me llama...
lo que me importa es mi fama,
y aquí quien pierde soy yo.
- SABINO. Tú?
- TEOD. Claro!
- SABINO. Pues ¿quién ataca...
- TEOD. Como usted no ha de hacer bodas
conmigo...

SABINO. (Bah!... como todas,
capítulo de casaca.)
Te diré.

TEOD. ¿Qué?

SABINO. Entre los dos
no hay ningun inconveniente,
somos libres... y es corriente;
de menos nos hizo Díos.

TEOD. ¿De veras?

SABINO. ¿Pues no ha de ser?

TEOD. ¿Me acepta como futura?...

(Pero ¡si es una criatura!)

SABINO. (Á que se lo va á creer?)

En general pienso así;
no hay mas sino que hasta ahora
aun no he formado, Teodora,
opinión en cuanto á mí.

Ligero, sutil, soy ave
que si en las ramas se posa,
no se detiene gran cosa;
pero ¡quién sabe... quién sabe!...

TEOD. (Pero ¿háse visto un chicuelo
con mayor desembarazo?)

SABINO. Siendo así, venga un abrazo...

TEOD. ¡Quite usted... uy!... ¡el abuelo!!

SABINO. Pues uno sobra aquí ya.

Hablaremos, alma mía.

(Á D. Jerónimo que aparece en la puerta de la de-
recha.)

Abuelillo, adios, buen día:

vóyme al cuarto de mamá.

(Se retira por la puerta de la izquierda.)

ESCENA IV.

D. JERÓNIMO, TEODORA.

JERÓN. ¡Abuelillo!! y la garganta
no le he... ¡lengua pecadora!...

¡Tienen los niños de ahora

una osadia... que espanta!

TEOD. Señor, su sangre es muy viva;

- la edad disculpa ese exceso...
- JERÓN. No es eso, amiga, no es eso;
la cosa está más arriba.
No es de ellos toda la culpa,
que está en agraz su razon:
los que los educan son
los que no tienen disculpa.
Niños que cria el azar,
que todo lo manosean,
y que á sus padres tutean
desde que rompen á hablar;
de mimos y dijes llenos,
bebiendo en turbias corrientes...
nunca serán reverentes,
ni muy doctos, ni muy buenos.
- TEOD. Señor, hay que ver tambien
que su mucha inexperiencia...
Ya sé que habló ayer vucencia
en el Senado... y muy bien.
- JERÓN. Hola, ¿sabes... ¿quién te ha dicho...
- TEOD. Al señorito le oí
que iba á juzgar...
- JERÓN. ¡Cómo! ¿á mí?
¿á mí juzgarme ese bicho?
- TEOD. Pues si él en un santiamen...
- JERÓN. Será muy capaz ¡de hijo!
(Con inquietud.)
Y... vamos á ver ¿qué dijo?
¿te dijo que lo hice bien?
- TEOD. No sé qué habló de elocuencia...
pero sí, no será escaso
en los elogios... ¿acaso
lo puede hacer mal vucencia?
- JERÓN. (Con satisfacción.)
Jee!... pudiera suceder...
(Esto ya es de otra calaña...
¡Todo ha cambiado en España,
¡todo!... menos la mujer!
El dia que tienda el vuelo,
y que la casta paloma
se emancipe... ¡qué horror!...) Toma,
(Dándole unas monedas.)

- toma, y cómprate un pañuelo.
- TEOD. ¡Qué generoso!...
- JERÓN. ¿Y la gente
no almuerza hoy?
- TEOD. No tiene prisa...
- JERÓN. ¿No? mejor; pues voy á misa
al oratorio de enfrente.
- TEOD. No tarde vuecencia...
- JERÓN. ¿Qué?
¿ocurre algo?
- TEOD. No, señor;
es solo por el honor
de verle...
- JERÓN. ¿Á mí?
- TEOD. Ya se vé...
- JERÓN. (Alegriño)
- TEOD. Pero..., ¿qué dices, Teodora?
- JERÓN. Ah!... los hombres de su edad...
¡qué esplendidez!... ¡qué bondad!
pero lo que es los de ahora...
el que menos corre, vuela.
- JERÓN. ¡No me los nombres!... no sé
lo que... Adios, no tardaré.
(Dándole en las mejillas con las puntas de los dedos.)
¡Gitanilla!... picaruela!
(Aparece Marcos por el fondo con una botella de
vino en una mano y otra de agua en la otra.)

ESCENA V.

D. JERÓNIMO, TEODORA, MARCOS.

- MARCOS. (Tosiendo.) Jum! jum!
- JERÓN. (Retirándose por el fondo.)
Vaya, á misa, á misa. (Váse.)
- MARCOS. Sí, sí, á misa... es mucho cuento.
Teodora, ¿te santiguaba?
- TEOD. No hagas caso, si es un viejo.
- MARCOS. (Remedándola.)
No hagas caso, si es un niño;
no hagas caso, si es un viejo...

pues ¿de quién he de hacer caso?
(Contemplando la botella de vino y llevándosela á la boca.)

TEOD. ¡Esto se pone muy negro!
De nadie, ten confianza...

MARCOS. ¡Ay señor!... ¡qué tragos estos!
Ya se ve que la tendria;
mas como siempre te encuentro,
sin hacer caso, en un caso
tan... tan... como si dijéramos,
es el caso que me acosa,
que siento por todo el cuerpo
tal comezon á manera
así... de romperte un hueso...

TEOD. ¡Jesus, qué barbaridad!
¿Qué razon hay, majadero...
qué has visto, para que abrigues
ese brutal pensamiento?

MARCOS. ¿Qué he visto... vamos, qué he visto?...

TEOD. Nada en resumen.

MARCOS. ¿Y el beso
del pollito?

TEOD. Lo dió al aire.

MARCOS. ¿No llegó...

TEOD. ¡Qué! ni por pienso.

MARCOS. ¿Y del señor senador
el continuo manoteo?

TEOD. Son costumbres oratorias.

MARCOS. ¿Oratorias? no lo entiendo.

TEOD. ¿Y los regalos del amo?

MARCOS. Son naturales obsequios
en un hombre generoso
con los que le estan sirviendo.

TEOD. Pues á mí no me regala!

MARCOS. Porque eres algo zopenco,
despegadote, y no entiendes
la aguja de...

TEOD. Por supuesto;
pues si supiera coser
ya me cantára otro..

MARCOS. Quiero
decir, que nunca has sabido

- congraciarte con los génios...
MARCOS. En eso consistirá...
tendrás razon... pero... pero...
(Volviendo á empinar la botella del vino.)
esto hay que pasarlo á tragos...
TEOD. ¡Apenas estás sediento!
¡Que vas á apurar el vino
y no hay mas para el almuerzo!
MARCOS. No te apures si lo apuro;
conozco bien el secreto
reparador de estas pérdidas...
(Vertiendo la botella del agua en la del vino.)
Tengo un tio tabernero...
Ves? ya está como si nadie...
estoy por darle otro ciento...
TEOD. Sí, sí; ya harás de manera
con ese y otros excesos,
que te despidan...
MARCOS. Corriente;
y nos vamos, y laus Deo,
TEOD. Te equivocas, lo que es yo
estoy contenta, y me quedo.
MARCOS. Ya; pero si me despiden...
TEOD. Te vas.
MARCOS. (Dejando las botellas sobre la mesa.)
Pues, ni mas ni menos.
Ya te voy dejando aquí
con el abuelo, y el nieto,
y el hijo que tambien echa
su mano de chicoleos...
TEOD. Todo eso es mentira, Marcos.
MARCOS. ¡Todo!... si soy un madero...
TEOD. Pero, en fin, si te despiden
y yo quedarme resuelvo,
¿qué harás?
MARCOS. ¿Yo? como un rehilete
me voy al ama derecho
y le digo: con Teodora,
señora, pasa esto... y esto...
TEOD. Y yo le diré al señor,
sin andarme con rodeos,
con Marcos está pasando

- esto... y esotro... y aquello.
- MARCOS. Y añadiré: con el niño
retoza, alborota al viejo,
toma regalos del amo
con muchísimo salero;
ademas, como es mi novia
no le espantan mis requiebros,
y no hace cara á mas hombres...
porque mas hombres no *semos*.
- TEOD. Y yo añadiré al señor,
correspondiendo á tu celo,
que sisas todos los dias
tres pesetas por lo menos
en la compra; que te achispas,
que te pones sus sombreros,
sus camisas y gabanes
cuando te vas de bureo:
que te fumas sus cigarros,
que te gusta mucho el juego,
que te juntas con perdidos,
y que eres un mal sujeto.
- MARCOS. ¡Teodora... Teodora!...
- TEOD. ¡Marcos!...
- MARCOS. ¿Serás capaz?
- TEOD. ¿No he de serlo?
- MARCOS. No tengas mal corazon.
- TEOD. No seas tú picotero.
- MARCOS. Yo lo dije porque tú...
- TEOD. Y yo porque tú...
- MARCOS. Pues bueno;
yo...
- TEOD. Bien, mira; procedamos
como buenos compañeros.
Esta casa nos conviene:
si en ella los dos podemos
estar como está en el agua
el pez, ¿á qué indisponernos?
- MARCOS. Bien mirado, Teodorilla...
- TEOD. ¿Adónde encontrar podremos
una cucaña como esta,
mas descanso y mas provechos?
Comemos lo que nos place;

todas las fiestas paseó;
el salario bien pagado;
no hay llaves, todo está abierto;
y aunque hay tal cual pelotera,
eso siempre es allá entre ellos;
y es sabido que en las casas
donde hay su poco de infierno,
los dueños, son los criados,
y los criados los dueños.

MARCOS. Mujer, hablas como un libro.

TEOD. Tú déjame, y te prometo
que haremos bien nuestro agosto
como aquí nos conservemos.

Á la señora, en diciéndole
que el pollito es un portento
de gracia y sabiduría,
retrato de ella perfecto,
no vé si coso ó si aplancho,
ni advierte si salgo ó si entro.

El señor, como hombre al uso,
es campechano, buen genio,
joven, poco observador

del noveno mandamiento,
eso sí; mas no traspasa,
en tratándole con cierto

tira y afloja, la línea
de la atención, del respeto.

Es un hombre manejable...
El chiquillo es mas travieso,
¡está tan mal educado!...

que no reconoce freno;
pero yo ¿no he de saber
trastear á ese muñeco?

Queda el abuelo; mas ese,
aunque alegrillo... es abuelo.

Háblale bien de lo antiguo;
murmura de lo moderno;
hazle muchas reverencias;
dale siempre el tratamiento...
y él te dará la camisa...

¡huele tan bien el incienso!
Digo que eres el demonio...

MARCOS.

- TEOD. Esta es la casa: aguantemos
en ella lo que podamos,
porque en ella es oro el tiempo.
Haremos nuestros ahorrillos,
y cuando el gato esté lleno,
en santa paz nos casamos
y ponemos un comercio
de gorras y papalinas...
- MARCOS. No!... mejor será ponerlo
de...
- TEOD. ¿De qué?
- MARCOS. ¿De qué? de vinos
nacionales y extranjeros.
- TEOD. Sí, para que te lo bebas...
- MARCOS. Yo mi palabra te empeño...
- TEOD. No, no hay palabras que valgan,
sé muy bien lo que me pisco.
- MARCOS. Teodora, dame esos cinco...
¿Está hecho el trato?
- TEOD. Está hecho.
- MARCOS. Pues con un abrazo ahora
cerrémoslo...
- TEOD. (Retirándose.) Estáte quieto.
¡El amo!
- MARCOS. (¿Si habrá visto...)

ESCENA VI.

DICHOS, D. FERNANDO.

- FERN. ¡Hola, muchachos!
¿Estamos de retozo?
- TEOD. Yo... don Fernando...
- MARCOS. Yo... señorito...
- FERN. (Bajo á Marcos.)
Si la tocas te rompo
todo el bautismo.
(Alto.) Preparabais la mesa
para el almuerzo?
- TEOD. Si señor...
- MARCOS. Poco falta...
- FERN. Vaya, me alegro.

Pues anda listo.
Ve avisando, que traigo
buen apetito.

(Se retira Marcos.)

Muchacha, ten mucho ojo,
porque ese bárbaro
ha servido unos meses
en el resguardo.

TEOD. Bien, si ha servido...
mientras que yo no sea
género ilícito...

FERN. No obstante, chica, lleva
salvoconducto...
pues los guardas registran
todos los bultos.

TEOD. ¡Ave Maria!
y ¡qué cosas que dice
su señoría!

FERN. No me des tratamiento,
ya te lo he dicho...
soy un señor muy llano:
de vanos títulos
ni de hojarasca
no me cuido gran cosa...
yo... ¡siempre al alma!

TEOD. Entre usted y su padre
¡qué diferencia!

FERN. Mi padre... ps! no hablemos
de su excelencia.

TEOD. Pues Sabinito
tambien es diferente...

FERN. Deja ahora al chico.

TEOD. Lo que es yo, por dejado;
pero... ¡ya es droga!
él á mí no me deja

ni á sol ni á sombra.

FERN. ¡Habrá tunante!...
¿conque... (¡y yo no me atrevo
siendo su padre!)

TEOD. Los tres en punto á formas
son bien distintos:
hijo, padre y abuelo...

- FERN. Somos tres tipos.
TEOD. Ya!... pero en punto
á ser enamorados...
FERN. ¡Trinitas unum!...
En algo era preciso
revelar, chica,
la existencia del aire
de la familia.
Hay varios gustos,
las edades, las épocas
tienen sus usos...
Á nosotros el alma
nos enamora:
á los viejos cautiva
solo una sombra,
pero á los nuevos
ni la sombra ni el alma...
¡el esqueleto!
TEOD. De suerte que entre tantos
chicos y grandes
la pobre mujer...
FERN. Justo!
no tiene escape.
Lo que al abuelo
no gusta, gusta al hijo,
y si no, al nieto.
TEOD. ¿Y si los tres se encaran
con una misma?
FERN. Entonces será cuenta
de la individua.
Que piense en ello,
y elija al viejo, al mozo...
ó al intermedio.
TEOD. Si la señora oyerá...
¡lo que diría!
FERN. Nada, tiene muy poco
de asustadiza.
Despreocupada...
no se altera por... ¿sabes
que estás hoy guapa?
TEOD. ¿De veras?
FERN. Á ver... vuélvete...

(Lo hace Teodora.)

¡Vivá el donaire!...
Tienes lo que se llama
un lindo talle...

(Intentando poner las manos en la cintura de Teodora.)

¿Vas ajustada?

TEOD. (Retirándose.)

Las manos quietecitas
que ahí no está el alma.

FERN. Pero es el bello vaso
que la contiene.

TEOD. Vaso?... materia frágil...
quebrarse puede!

FERN. Nunca en mis manos
temas ese peligro...

TEOD. Jum!... por si acaso.

FERN. Mas si á empeño lo tomo...

TEOD. Ni lo presumo.

FERN. ¿Y por qué?

TEOD. Porque llevo...
salvoconducto.

FERN. Bien, para Marcos...
yo no he servido en puertas.

TEOD. Jum!... por si acaso.

FERN. Perderé la chaveta
con esa chispa
con que enciendes á todos
los que te miran.

(Dándole un estuchito.)

Toma esa alhaja...

¿cuál es la recompensa?

TEOD. (Haciéndole una reverencia y guardándose el estuchito.)

Cuál? muchas gracias.

FERN. Muchas tienes y puedes,
sin arruinarte,
conceder á los ruegos
de tus galanes.

¿Por qué resistes...

TEOD. Pues ¿no he dado...

FERN.

Sí, gracias;

- pero... intangibles.
TEOD. Son las que á usted le gustan,
 gracias del alma...
FERN. Es verdad, no lo niego,
 mucho me agradan;
 pero no excuso
 (Extendiendo los brazos.)
 tal cual...
TEOD. (Deteniéndolo.) Alto!... que llevo...
 salvoconducto.
 (Sale Guillermo por el fondo.)

ESCENA VII.

TEODORA, FERNANDO, GUILLERMO.

- GUILL. Buenos dias.
FERN. (¡Mentecato!)
 Entra usted como un cohete...
GUILL. Yo siempre voy al escape.
FERN. Mas no tanto que atropelle
 al que... Figúrese usted,
 figuración solamente,
 que hubiera estado...
GUILL. ¿Abrazando
 á un ángel de rosa y nieve?
 no importa.
FERN. ¿Cómo no importa?
GUILL. ¿Pues no me ve usted sin lentes?
 En viéndome usted sin ellos,
 nada, no hay cuidado; puede
 tranquilamente abrazar
 á todo bicho viviente.
FERN. Pero, hombre, si no abrazaba...
GUILL. Mal hecho; nunca se deben
 despreciar las ocasiones...
 agua pasada no muele...
FERN. (Bajo) Que no estamos solos.
GUILL. (Buscando los lentes en el bolsillo.) ¿No?
FERN. (Pollo mas impertinente ..)
GUILL. Hace bien en advertirme...
 (Poniéndose los lentes.)

- En efecto... ¡Ángel celeste!...
Ya decía yo que aquí
se respiraba un ambiente
delicado, embriagador,
voluptuoso...
- FERN. (Á Teodora.) Mira, vete.
Apenas se eleva usted.
- TEOD. (Retirándose por el fondo.)
(El amiguito del nene...
ya tiene conchas el mozo...)
- GUILL. ¿No quiere usted que me eleve
si creí que era Narcisa?
- FERN. ¿Mi mujer?
- GUILL. Exactamente.
- FERN. ¿Conque sacamos en limpio
que con lentes y sin lentes,
los ojos de usted ven tanto
como los ojos... de un puente.
- GUILL. Diré á usted: miro y no veo
cuando no ver me conviene;
pues ¡si aquí se viera todo!
¡pobre siglo diez y nueve!
- FERN. Ya está usted buen perillan...
- GUILL. Qué!... no señor, un pobrete
que entiende un poco el teclado...
aunque es fuerza que confiese
que en este punto, Sabino
me aventaja ¡ya es buen peje!
- FERN. ¿Quién... ¿mi chico...
- GUILL. Usted no sabe
la joyita que en él tiene.
- FERN. Mas valiera que estudiara...
- GUILL. ¿Para qué? si su caletre...
- FERN. Hombre, no me diga usted...
¿qué ha de ser un mozo imberbe
que está mudando la voz...
- GUILL. Hé aquí lo que son ustedes
los hombres de la falange
que declina hácia occidente.
Han hundido tradiciones,
han derribado las fuertes
murallas que al pensamiento

- opuso el antiguo régimen;
del saber, del libre exámen
han desatado las fuentes;
han dado plumas al águila...
¡y se asombran de que vuele!
- FERN. Pero ¿qué tiene que ver
la revolucion terrestre
con lo que estamos hablando?
- GUILL. No sea usted inocente...
- FERN. Gracias.
- GUILL. Tiene, pero mucho.
- FERN. Nadie podrá convencerme
de que un chico que ha cumplido
los diez y siete en diciembre,
puede hacer nada formal;
nada que no sea enclenque...
- GUILL. Pues se equivoca usted.
- FERN. Cómo!...
- GUILL. Sí, señor; y grandemente.
Merced á los grandes medios
que la ciencia nos ofrece,
¿no va usted en horas hoy
adonde antes iba en meses?
Pues como en lo material,
en lo moral acontece.
Lo que ayer sabia un hombre
á los cincuenta noviembres,
hoy lo sabe, y dice, y hace
cualquier muchacho á los veinte.
- FERN. Y ¿cómo lo sabe?!
- GUILL. ¿Cómo?
como se ha sabido siempre.
Por ejemplo; aquí estoy yo:
¿no soy redactor en jefe
de un diario mercantil
político, rojo, ardiente,
diplomático, astronómico
crítico, cáustico, ecuestre?
Pues ello es que á todas partes
lo llevan mis dependientes;
que con profusion circula,
que con avidéz lo leen,

- y nadie sabe, ni importa
saber quienes son los peces...
que somos Sabino y yo,
perfecto signo de *Géminis*.
- FERN. Calle!... Sabino redacta...
- GUILL. Toma!... pues si es el mas terne
de los que esgrimen...
- FERN. ¡Diablillo...
- GUILL. Casi el número de hoy miércoles
es suyo.
- FERN. ¿Escrito por él?...
- GUILL. Y en qué estilo tan corriente...
mío solo hay un artículo...
- FERN. Pues he de ver...
- GUILL. Lo merece.
Ya lo estarán repartiendo
y aquí lo traerán en breve.
Verá usted, verá qué chispa...
- FERN. (Con satisfacción paternal.)
Jé!... jé!... ¿conque se revuelve...
- GUILL. Contra todo lo nacido...
Hoy con su abuelo la emprende.
- FERN. (Asustado.) ¡Qué dice usted!... con mi padre!...
- GUILL. Es escritor que no cede
ante consideraciones
de ningún orden vigente.
- FERN. ¿Pero... pero eso es verdad?
- GUILL. Es un mediano julepe...
- FERN. Hom!... ¿qué le dice ese trasto?
- GUILL. Ps... nada: sencillamente
que su discurso de ayer
está impregnado en aceite...
pero... rancio.
- FERN. ¡Dios me valga!
- GUILL. Que pudo ser elocuente...
- FERN. Pudo?...
- GUILL. Y solo consiguió
adormecer...
- FERN. ¡Santa Irene!
- GUILL. Que arrojaba las palabras
como si cascára nueces...
- FERN. (Riyéndose) Já!... já... diablo de ocurrencia...

- (Furioso.)
¡Á su abuelo!... ¡habrá insolente!!
Y que debe retirarse
con otros Matusalenes...
- GUILL.
- FERN. ¡Ya lo echa!...
- GUILL. Pues sus ideas
no son del siglo presente.
- FERN. ¡Bien!... ¡muy bien! Ese arrapiezo
va á lograr que lo desuelle...
- GUILL. ¿Y por qué, si es la opinion
de un publicista consciente...
- FERN. Qué publicista, ni qué...
¡Hombre, hombre; usted no comprende
la baraunda, el zipizape...
¡bonito genio posee
mi padre!... Usted no conoce...
- GUILL. Ya sé que es un poco agreste;
pero en fin, como hombre público
es fuerza que considere
que una cosa es la familia
y otra el juicio independiente.
- FERN. ¡Qué juicio ni calabaza!...
Á ese bribon, ¿quién le mete...
¡Por Dios! por Dios! ese número
haga usted porque no llegue
á entrar en casa...
- GUILL. Bien, yo...
- FERN. ¡Que ignore lo de las nueces!
- GUILL. Bien; pero despues de todo,
usted á su edad ¿qué teme?
- FERN. Temo... que al cabo es mi padre...
- GUILL. Ya!... y acaso le flajele...
- FERN. Eso no; pero conserva
sobre mí cierto ascendiente...
Nuestros padres no educaban
á sus hijos con merengues,
ni como nosotros eran
tan bonachones, tan débiles...
Alguien llega... son sus pasos...
- (Aparece D. Jerónimo en la puerta del fondo.)

ESCENA VIII.

DICHOS, D. JERÓNIMO.

- GUILL. (¡Pobre hombre!... si es un cadete...)
Hola!... señor senador...
- JERÓN. (Entrando bruscamente en su habitacion.)
Agur! (¡otro mequetrefe!)
- FERN. Eh?... ¡qué carita...
Algo fosca...
- GUILL. Si por nada se enfurece.
- FERN. En efecto; me parece
que no trae buena mosca.
- GUILL. ¡Cielos!... si habrá visto ya...
Voy á tenderle la red...
- FERN. (Acompañándole hasta la puerta de la habitacion de
D. Jerónimo.)
Si, vaya usted, vaya usted
y desenoje á papá.

ESCENA IX.

GUILLERMO.

Señor... si no puede ser;
tan débil, tan susceptible...
un hombre así, no es posible
que le agrade á su mujer.
Ella, tan viva y donosa,
él, con esa fé indecisa...
¡oh, incomparable Narcisa!...
¡qué mujer tan deliciosa!
No es una niña... pero ¡ah!
entre ellas lleva la palma,
y de ellos se lleva el alma
por donde quiera que va.
Siendo así, ¿por qué me duermo?...
yo que soy tan calavera...
(Mirando á la habitacion de la izquierda)
¡Ella es!... si me atreviera
á atreverme...

ESCENA X.

NARCISA, SABINO, GUILLERMO.

NARC. Adios, Guillermo.

GUILL. Narcisa...

SABINO. Oh! por aquí está
el publicista afamado...
Adios, chico; ¿has almorzado?

GUILL. No.

NARC. Con nosotros lo hará.

GUILL. Señora... (Me adivinó...)
Una vez que usted se digna...

NARC. Por mí, si usted se resigna...

GUILL. ¿Á verla... y comer?... ¡pues no?

SABINO. Ay, cómo te galantea.

GUILL. (¡Qué chico...) Ha sido un sencillo...

SABINO. Mira que es muy picarillo.

NARC. Sí?

GUILL. Sabino se chancea...

SABINO. No nos vengas con Sabino,
que tu fama conocemos...
(Se dirige á la mesa y toma una aceituna.)
Haré boca...

NARC. ¿Esas tenemos?

GUILL. (Me estan abriendo el camino.)
Tan injustamente llevo
esa fama, que á fé mia
(Bajando la voz.)
demostrar á usted podria...
(No me atrevo... no me atrevo.)

NARC. ¿Qué podria demostrar?

GUILL. Nada; en mejor ocasion,
tan grata conversacion
volveremos á anudar.

NARC. (Estos jóvenes incautos...)

SABINO. ¿Qué le dices al oido?

GUILL. ¿Yo? nada...

NARC. (Riéndose.) (¿Si habrá querido...)

GUILL. (¿Se rie? pues ya está en autos.)

NARC. Y ¿qué tenemos del Real?

- GUILL. Poco, todos son estrenos...
NARC. ¿Y de bailes en...
GUILL. ¡Oh! menos...
NARC. ¡Qué invierno!
GUILL. Ha sido fatal.
Hubo tantas defunciones,
tanta ocurrencia y diablura,
que para tiempo hay clausura
en los primeros salones.
NARC. Es pesado...
GUILL. ¿No ha de ser?
y aburrido y sofocante...
como que el mundo elegante
nada!... no sabe qué hacer.
Cabizbajo, y mansamente
lanzando tal cual suspiro,
va en procesion al *Retiro*,
ó en procesion á la *Fuente*;
y á casa. Chile, el Perú...
ó así de otra frusleria,
hablamos... Al otro día
á lo mismo... *et voilà tout*.
SABINO. Hoy he tenido el placer
de hallar... Ya estoy en mi centro.
GUILL. ¿A quién?
SABINO. ¡Qué encuentro, qué encuentro...
NARC. Pero di...
SABINO. Acertadlo.
GUILL. ¿Á ver...
NARC. ¿Á Tamberlick?
SABINO. No.
GUILL. ¿Á Crispin?
el que nos ha dado tantos
almuerzos...
SABINO. Que no!... Á don Santos,
mi maestro de latin.
GUILL. Y mi maestro de hebreo.
NARC. Santos!...
SABINO. Santos, vida mia.
NARC. ¿Conque vive todavia...
SABINO. ¿No ha de vivir? ¡ya lo creo!
Á prueba de desengaños

- tan dichoso por ahí va...
NARC. ¡Pobrecillo!... y ¿cómo está?
SABINO. Como estaba hace seis años.
De la península Ibérica
salió en busca de un eden,
y ha rodado... no sé bien
si por Asia ó por América...
Ello es que ya de tornada
lo tenemos con su negro
leviton...
NARC. ¡Cuánto me alegro!
GUILL. Mucho su vuelta le agrada.
NARC. Es mi alegría completa:
mi suegro dice que es ducho,
Fernando le quiere mucho,
y Sabino le respeta.
GUILL. ¡Y usted...
NARC. Yo? la estimacion
que merece le profeso,
por su talento...
GUILL. Confieso...
NARC. Y su hermoso corazon.
SABINO. Esa, chico, es la verdad;
Santos es nuestros amores...
Pero ¡silencio, señores!...
que asoma... ¡la autoridad!
Ya es hora de que el almuerzo...
(Sale D. Jerónimo, apoyado en el brazo de Fernan-
do, de la habitacion de la derecha.)

ESCENA XI.

DICHOS, D. JERÓNIMO, FERNANDO.

- FERN. Trabaja sobre seguro
la sociedad que dirijo,
y aunque es grande su balumbo
estoy tranquilo; su crédito
va creciendo ..
JERÓN. Como el humo,
y el humo se desvanece...
no estoy por esos chanchullos...

- NARC. (Acercándose á D. Jerónimo.)
Buenos días.
- JERÓN. Adios, hija.
- SABINO. (Bajo á Guillermo.)
¿Has escuchado?
- GUILL. Presumo
que hablaban de sociedades,
de ese moderno carbunclo...
- SABINO. ¿Y tu artículo sobre ellas?
- GUILL. Acaso venga en el número
de hoy.
- SABINO. Malo!... pues almorcemos
y escurramos pronto el bullo.
(Alto.) Señores, que ya ha pasado
la estacion de los ayunos...
- FERN. Sí, cierto; ¿quiere usted, padre,
que almorcemos?
- JERÓN. Bien.
(Se dirigen á la mesa: se sientan: D. Jerónimo, en
el centro, frente al público; á su derecha, Narcisca y
Guillermo; á su izquierda, Fernando y Sabino.)
- SABINO. (Agitando una campanilla y gritando.)
Al punto!
¡Á ver, fámulos, traed
de yantar!... Yo soy Saturno!
- JERÓN. Calla!... calla!... ¿Á qué ese ruido?
- SABINO. (Á Marcos, que aparece en la puerta del fondo y se
retira.)
El almuerzo, mameluco!
El ruido, querido abuelo,
es la animacion del mundo.
- JERÓN. Del mundo de los belitres.
- SABINO. Pues, no del de los difuntos.
- FERN. (Já! já!) (Á Sabino.) Vamos...
- NARC. (Á Guillermo.) Tiene un pico
que...
- GUILL. Ya!... ya!... es de lo mas chusco...
(Marcos entra y sale con platos, y sirve el almuer-
zo.)
- NARC. Perdone usted si el almuerzo
no es lo que...
- GUILL. No soy un Lúculo;

- (Bajo.) y al lado de usted son gratos,
sabrosos todos los frutos.
- NARC. Gracias. (Decididamente,
este mozo es un iluso...)
- FERN. (Bajo á Sabino.)
Pero ¡muchacho!
- SABINO. ¿Qué quieres,
papá, tengo mis apuros,
mis compromisos... ¡Supongo
que no querrás que tu hijo único
represente un mal papel...
- FERN. No, pero...
- SABINO. Por cien escudos.
- FERN. Bueno, bueno; ya hablaremos.
- SABINO. (Volveré sobre el asunto.)
- NARC. ¿Conque tenemos á Santos
en Madrid?
- FERN. ¿Tan exabrupto?
¿Quién le ha visto?
- JERÓN. Yo le he visto.
- SABINO. Y yo tambien.
- FERN. ¡Por San Bruno!...
- JERÓN. No jures.
- FERN. Usted perdone;
como me dan tan de súbito
la noticia...
- SABINO. (Dando una palmada sobre la mesa.)
¡Voto al diablo!...
- JERÓN. Chico!!...
- SABINO. Abuelo, deja escrúpulos...
estos son meros apóstrofes
para dar fuerza al discurso.
- NARC. (Bajo á Guillermo.)
Qué intrépido!...
- JERÓN. Y ¿á qué viene
ese apóstrofe importuno...
- SABINO. Viene como anillo al dedo
para expresar nuestro júbilo
por la nueva aparición
de ese digno taumaturgo.
- NARC. ¡Bien dicho!
- GUILL. ¡Bravo!

- JERÓN. ¡Muy mal!
Su edad es... la del estudio,
la de callar, vez y oír...
- FERN. Dice bien padre...
- SABINO. Renuncio
la palabra, y me dedico
al estudio... de este muslo.
- JERÓN. (Á Narcisa y Guillermo, que estan conteniendo la
risa. Fernando les hace señas para que disimulen.)
Sí, sí; reidle la gracia...
- NARC. Pero; padre...
- JERÓN. Eso es muy justo;
asi va volando el niño
por la region del abuso.
- FERN. (Bajo y dando á Sabino con el codo.)
Ves? me estás comprometiendo.
- SABINO. Diré...
- FERN. Calla!... ó te confundo.
- SABINO. Pues vengan esos ochavos.
- FERN. Y ¿callarás?
- SABINO. Seré mudo.
- FERN. (Dándole disimuladamente un billete.)
Toma.
- SABINO. Papel? no me sirve.
- FERN. (Alto.) Pero ese Santos es brujo...
(Bajo.) Es de á mil.
- SABINO. Papel mojado;
no doy por él cinco duros.
- FERN. (Alto.) ¡Hombre mas original!...
siempre por ahí dando tumbos...
Cómo es que estando en Madrid...
(Ap. á Sabino)
¿Lo quieres?
- SABINO. No tiene curso.
- FERN. (Alto.) ¿No ha volado á nuestros brazos?
(Ap. á Sabino y guardándose el billete.)
Pues no hay más.
- SABINO. Pues me pronuncio.
- JERÓN. Santos es de aquellos hombres
nacidos para ser justos;
por lo tanto no os admire
que no esté montado al uso.

- Vendrá cuando os haga falta.
- SABINO. Filósofo sin segundo
ni el mal arruga su frente,
ni el bien altera su pulso.
Por ahí va con su levita
escurrida, su vetusto
pantalón, y su sombrero
á guisa de cucurucho,
todo lo cual le da un aire
de sacristán que da gusto.
- JERÓN. Hable usted con mas respeto
de un hombre...
- SABINO. Sí!...
- FERN. (Bajo.) Te extrangulo
si hablas mas.
- JERÓN. De un hombre digno
que ha sido maestro suyo.
- NARC. No le ha querido ofender...
Verdad?
- SABINO. No ofendo, dibujo.
- JERÓN. Dibujas... ¡caricaturas!
- GUILL. (Bajo á Narciso.)
Este hombre es un energúmeno.
- NARC. (Id. á Guillermo.)
Me estan aburriendo al chico...
- GUILL. Oh! pero tiene recursos,
grande ingenio... de su madre
es un cumplido trasunto.
- NARC. ¿Verdad que se me parece?
- GUILL. Como una estrella al mas puro...
(tendria que ver si ahora
á las barbas del concurso...)
y rutilante lucero
de la mañana.
- NARC. ¡Qué lujo
desplega usted de lisonjas...
- GUILL. ¿Lisonjas? nunca; le juro...
(No me atrevo, no me atrevo.)
- NARC. ¿Es usted goloso?...
- GUILL. ¡Oh!... mucho...
- NARC. Le serviré dulce...
- GUILL. (Acercando el plato.) Ay!... sí!
- :

- NARC. De calabaza.
- GUILL. (Retirando el plato.) ¡Abrenuncio!
(Sale Marcos trayendo en una bandeja el servicio de café, y un periódico doblado debajo del brazo.)
- FERN. (¡Uf! el periódico!)
(Haciendo señas á Marcos para que lo oculte.)
Marcos...
- MARCOS. Eh?...
- FERN. (¡No me entiende ese estúpido!...)
- SABINO. ¡Hola!... ya ha venido el *Pária*?
(Fernando le da un puñetazo.)
¡Ay!
- NARC. ¿Qué es eso?
- FERN. Nada...
- SABINO. El puño
de papá que se ha...
- FERN. (Ap. á Sabino.) Silencio!
(Á D. Jerónimo, de pié con la cafetera en la mano.)
¿Quiere usted el café puro?
- JERÓN. Á ver, dame ese periódico.
(Se lo entrega Marcos y D. Jerónimo lo recorre.)
- FERN. (¡Santa hermandad del Refugio!
Ya no es posible evitar
que... pues armemos barullo.)
¡Este café está mal hecho!
- MARCOS. Señor...
- FERN. ¡Digo qué está turbio!
Vais á ponerme en el caso
por no cumplir...
- MARCOS. Si yo cumplo...
- NARC. Hombre, no vale la pena...
- FERN. No ha de valer, si está oscuro
como tinta...
- JERÓN. (Enfioso.) ¡Iniquidad!
infamia!...
- FERN. (Cayendo sobre la silla.) (¡Rompió el diluvio!)
- JERÓN. ¿Se escribe así y no se quema
por la mano del verdugo...
- FERN. Padre...
- NARC. Señor...
- JERÓN. (Tirando el periódico sobre la mesa. Nacisa le recoge
y lee.)

- ¡No me habéis!
El que cumple con orgullo
su deber, ¿puede ser nunca
objeto de esos inmundos
sarcasmos, de esa chacota,
de esos groseros insultos?
¿Quién habrá sido el autor...
SABINO. ¡Pido la palabra!
FERN. (Ap., dándole un empujón.)
¡Tuno!...
JERÓN. ¿Has sido tú... ¡desgraciado!
sacrílego!
SABINO. Reproduzco...
JERÓN. Ya qué hay que esperar..., ¡Señor!
(Poniéndose las manos sobre la cabeza.)
¡esto es inaudito! ¡absurdo!
(Levantándose.)
Esto se disuelve...
FERN. ¡Padre...
JERÓN. (Dirigiéndose á la habitacion de la derecha.)
¡Nadie me hable! ¡á nadie escucho!
Yo sé lo que debo hacer...
ni una hora mas... ¡ni un minuto!
(Entra en la habitacion.)

ESCENA XII.

NARCISA, FERNANDO, SABINO, GUILLERMO.

- FERN. ¿Qué hará... Señor ¡qué desgracia!
cada día una quimera...
NARC. Ello será lo que quiera,
pero está escrito con gracia.
FERN. Chist!...
NARC. ¿Qué?
FERN. Tú tambien á veces...
NARC. (Dándole el periódico, que Fernando recorre.)
Mira...
FERN. Bien, si no replico...
no dudo... ¡Já! ¡já!... ¡qué chico!...

- Pero, hombre... ¡esto de las nueces...
- SABINO. Es metáfora que allí
me ocurrió, la aproveché...
y no comprendo por qué...
porque lo ha tomado así.
- GUILL. Bagatelas, fruslerías...
- SABINO. ¡Por nada quemar las naves!...
cosas mas altas, mas graves
decimos todos los días,
y nadie...
- FERN. Siempre murmura
el que es objeto de ofensa...
mas las llagas de la prensa
la misma prensa las cura
- GUILL. Eso es hablar en razón
- FERN. Hay que ser despreocupado...
- SABINO. Eres un hombre ilustrado;
soy de tu misma opinion.
(Saca un cigarro puro, que coloca en una boquilla
de gran tamaño.)
- FERN. ¡Enfadarse!... eso es ridículo...
- GUILL. ¿No lo ha de ser?
- SABINO. ¡Ya se ve!
- FERN. (Recorriendo el periódico.)
«CÓRTESES... SOCIEDADES DE...
Á ver... ¿qué dice este artículo?...
(¡Ay!)
- GUILL. ¿Es tuyo...
- FERN. En puridad...
no puedo... aunque ya presumo...
pero de todos asumo
la responsabilidad.
(Enciende un fósforo y con él el cigarro.)
- FERN. (Leyendo.) «Entre las calamidades
»que abruman á la nacion,
»las mas afflictivas son
»las llamadas sociedades
»de...»—¡Falso! ¡esto no es verdad!
- GUILL. Diré á usted...
- SABINO. No, yo diré...
yo la tesis mantendré...
- FERN. (Leyendo para sí.)

Hom!... Uf!... (Tirando con rabia el periódico.)

¡Qué barbaridad!

Calumnia!... al punto, en el acto
hay que retractar...

GUILL. Invoco

su...

FERN. Nadal...

SABINO. No, poco á poco;

lo que es yo no me retracto.

¡Calumnia!... que le pregunten
á los pobres imponentes...

FERN. ¿Qué murmuras entre dientes...

SABINO. El día que ellos se junten

y...

FERN. ¿Te atreves á decir...

¡lo voy á descuartizar!!

SABINO. Bien, eso será emplear

la fuerza, no discutir.

NARC. Vamos, vamos...

GUILL. (Bajo á Narcisca) Tercie usted,
tercie usted, porque sí no!...

FERN. ¿Estoy trabajando yo...

poniendo pies en pared...

evitando mil escollos,

ya morales y ya físicos,

para que unos pollos tísicos...

SABINO. ¡No hay tal tísic en los pollos!

Y á los que su fuerza ignoren...

FERN. ¿Qué es esto? ¿te me revelas?

SABINO. Discuto; mas como apelas

á argumentos *ad terrorem*,

lo mejor será dejar

libre, expedito el camino...

chico, vamos al casino...

FERN. Antes es fuerza arreglar...

SABINO. Eh!... por poco te alborotas:

cuando estés mas sosegado,

escribe un comunicado

y lo insertaré... con notas.

No tiene otra soldadura.

(Se dirige al fondo y toma el sombrero.)

ERN. Cómo!... ofensa sobre ofensa...

SABINO. No!... las llagas de la prensa
la prensa misma las cura. (Sale.)

GUILL. (Ap. á Narcisa.)
Domestique usted á ese hombre.
(Saluda y sigue á Sabino.)

ESCENA XIII.

NARCISA, FERNANDO.

FERN. ¿Has oído? has visto!

NARC. Sí á fé!

FERN. ¿Y no te asombras?

NARC. ¿Por qué?

¿por qué quieres que me asombre?

Me asombro de tu despecho;

por lo demas... Si señor;

veo solo un escritor

que defiende su derecho.

(Movimiento de impaciencia en Fernando.)

Pero á los hombres metódicos

la lucha les incomoda...

y luego... como está en moda

hablar mal de los periódicos...

FERN. Si leyeras el artículo

ya verías, ya verías...

NARC. Pues há poco ¿no decías

que enfadarse era ridiculo?

¿Que las llagas...

FERN. ¡Voto á brios!...

frases!... frases!... que sin tino

hacemos... para el vecino;

pero nunca... para nos.

NARC. Pues, hijo, ¿cómo ha de ser?

hay que aguantar el chubasco.

FERN. ¿Aguantar yo? fuera un chasco

que mi hijo... ¡Le he de romper

dos costillas...

NARC. ¡Buen trabajo!...

conseguirás que se aburra...

FERN. Le voy á dar una zurra...

NARC. Ó no, que está mas abajo...

- FERN. ¿Por qué?
NARC. Porque no está bien.
FERN. Lo estará.
NARC. Te desafío...
FERN. ¿Cómo qué... ¿no es hijo mio?
NARC. ¿No es hijo mio tambien?
FERN. ¡Gran cosa!
NARC. Sí, cosa fútil...
las madres...
FERN. No me taladres
con tus... las madres, las madres
son la cosa mas inútil...
NARC. ¿Qué dice este hombre?
FERN. ¡Lo son!
NARC. ¡Jesus!... y ¡qué desbarrar!
¡este hombre quiere anular
las leyes de la creacion!!
FERN. No es eso ¡por Belcebú!
NARC. ¡Las madres!... se ha vuelto loco.
FERN. Digo que valen muy poco
cuando lo son como tú.
NARC. ¿Pues... ¡yo!...
FERN. Cabal, por mi nombre.
Con tu egoista cariño
has pervertido á ese niño...
que ya no es niño ni es hombre.
NARC. Yo le he enseñado á querer...
FERN. Mejor fuera á respetar...
NARC. Al hombre toca educar...
FERN. Y ¿qué toca á la mujer?
Cree llenar su obligacion
con irse en pos del deleite,
llena de joyas y afeite,
del uno en otro salon:
y en perpétua ociosidad
en vez de estrechar el lazo...
NARC. Si es alusion, la rechazo!
FERN. Pues si no es verso, es verdad.
NARC. No tal; ni por soñacion
he de consentir que pase...
yo vivo segun mi clase,
mi rango, mi educacion;

- y ya deberas estar
á mi vida acostumbrado...
- FERN. Pues ya ves el resultado...
hay que cambiar, que cambiar...
- NARC. ¿Cambiar qué? ¡desventurada!
- FERN. Se concluyó la prebenda.
- NARC. Qué!... ¿quiere usted que descienda,
que me convierta en criada?
- FERN. No, quiero...
- NARC. ¡Qué desvario!
- FERN. Quiero, y lo encuentro muy justo,
que todo marche á mi gusto...
- NARC. Eh? ¿sin consultar el mio?
- FERN. Eso ya vendrá despues.
- NARC. ¡Qué rareza!
- FERN. No es rareza:
yo soy aquí la cabeza...
- NARC. Y ¿soy yo acaso los pies?
- FERN. ¡Yo ordeno...
- NARC. Y yo no transijo!
¡antes me iré con mi padre!
- FERN. Pues hija... como te cuadre...
- NARC. ¡Y me llevaré á mi hijo!
- FERN. Bien!
- NARC. ¡Nos echa!
- FERN. ¡Me consumo!
- NARC. ¡esto es apurar las heces!...
- NARC. ¡No has de decirlo dos veces!
adios! adios!...
- (Entra en la habitación de la izquierda.)
- FERN. ¡La del humo!

ESCENA XIV.

FERNANDO, despues MARCOS, despues TEODORA.

- FERN. Quién será el que no se ofusque,
brinque y de cada alarido...
- MARCOS. (Sale de la habitación derecha.)
Su señor padre ha salido
y manda que se le busque
una casa de...

- FERN. Muy bien;
no por tan poco me asusto;
pues lo quiere, dadle gusto...
y tú lárgate también!
(Se retira Marcos por el fondo y sale Teodora de la habitación de la izquierda.)
- TEOD. La señorita ha mandado
al partir, que su equipaje
se la remita á...
- FERN. Buen viaje:
hágase lo que ha ordenado,
y así todo se concilia...
(Vuelve á entrar Teodora en la habitación de la izquierda.)
Mi padre!... mi hijo!... mi esposa...
Qué!... si son una gran cosa
los goces de la familia.
Uno á uno y dos á dos,
aunque de amantes blasonan,
huyen de mí... ¡me abandonan!...
se empeñan... ¡vayan con Dios!
Lo que es yo, culpa maldita
que tengo de lo que pasa...

ESCENA XV.

SANTOS, FERNANDO.

- SANTOS. (Desde la puerta del fondo.)
Que Dios sea en esta casa.
- FERN. (Sin mirarle.)
Amen!... ¡bien lo necesita!
- SANTOS. ¡Fernando!
- FERN. ¡Santos! ¡oh amigo!
¡oh hermano del alma mía!
sin duda el cielo te envía...
- SANTOS. Yo sus bondades bendigo.
Mas... ¡qué cara de vigilia...
¡qué sucede...
- FERN. Que mi estrella...
- SANTOS. ¡Tu familia...
- FERN. No hables de ella,)

- yo no tengo ya familia.
- SANTOS. ¡Hombre!
- FERN. En un día nefasto
llegas... ¡esto es horroroso!
pero para ser dichoso
si no me sobro, me basto.
- SANTOS. Malo!... me da en la nariz...
temo que algun sentimiento...
- FERN. ¡Qué!... no!... si estoy muy contento,
si soy feliz...
- SANTOS. ¡Tú feliz!
- FERN. Ya ves, libre me he quedado:
hoy todos hemos reñido,
y cada cual ha salido...
- SANTOS. Eh?
- FERN. Pitando por su lado.
Con que en vano por mí temes;
solo... sin ruidos...
- SANTOS. Tal cual.
- FERN. Mas vale solo que mal...
- SANTOS. No blasfemes... no blasfemes.
- FERN. Con toda sinceridad...
- SANTOS. Eh? no seas orgulloso;
¿puede nadie ser dichoso
en la árida soledad?
No exageres tus defectos:
tú, que por siempre has vivido
rodeado y requerido
de esos tan dulces afectos,
podrás llenar tu propósito
privándote de ellos? No.
Ah!... si fueras como yo,
hijo de nadie... un expósito...
- FERN. Ojalá!... y así pudieras...
¡Expósito!... ¡qué placer!...
¡pues si eso es lo que hay ser!
- SANTOS. ¡Calla!... calla! si eso fueras
sabrias con menos calma
lo que es no poder decir,
«¡Padre mio!» Ay! ni oír
por respuesta «¡Hijo del alma!»
Vaya, aquí para los dos,

- no elaboras tu desdicha,
ya que has logrado la dicha...
- FERN. ¡Buena dicha nos de Dios!
¡Cal... chico, no puede ser;
al punto que hemos llegado...
- SANTOS. Lazos que Dios ha formado
no puede el hombre romper.
- FERN. Pues, sin embargo, los rompen
y contra mí se conjuran,
y la paciencia me apuran,
y la sangre me corrompen,
y todos haciendo el bú
me exasperan de mil modos.
- SANTOS. Bien; ya has acusado á todos;
y ¿de qué te acusas tú?
- FERN. Yo? de exceso de paciencia.
- SANTOS. Con eso podrás salvarte...
¿No tienes que reprocharte
nada de... ¡vamos, conciencia!
- FERN. Te digo que...
- SANTOS. Sé prolijo...
¿Observas bien la moral
dentro de casa...
- FERN. Tal cual...
- SANTOS. Hum!... ¿Llenas como buen hijo,
como buen padre y esposo
los altos deberes...
- FERN. Oh!...
- SANTOS. ¿Estás seguro...?
- FERN. ¿Pues no?
- SANTOS. ¿Nada turba tu reposo?
¿Guardas á ti á padre...
- FERN. Sí.
- SANTOS. Y ¡haces guardar...!
- FERN. Lo que es eso,
como el chico es tan travieso...
- SANTOS. Pero el chico hallará en tí,
¿quién duda que la hallará?...
la norma de su deber...
- FERN. Sí, sí... pero mi mujer...
- SANTOS. Tu mujer te ayudará,
si tú con amor, con seso

- expones ante sus ojos
las flores y los abrojos...
- FERN. Diab!o! ¿quién se mete en eso?
- SANTOS. ¿Quién?... ¿conque es decir que dejas
á cada cual aquí hacer...
- FERN. Yo no me quiero meter...
- SANTOS. Entonces, de qué te quejas?
- FERN. De todos!
- SANTOS. Y cómo quieres
hallar por ese sendero
dicha, si eres el primero
que abandona sus deberes?
- FERN. ¡Yo!
- SANTOS. Sí. En este laberinto,
ser hijo, tener esposa,
ser padre... juzgas que es cosa
de juego, de mero instinto?
- FERN. Si yo...
- SANTOS. Tú, mal que te cuadre,
tienes la culpa...
- FERN. ¿Por dónde...
- SANTOS. ¿Aun lo dudas? pues responde,
hijo!... ¿adónde está tu padre?
- FERN. Mi padre, no quiso oír
á nadie, se alborotó,
y como es así... partió...
- SANTOS. ¿Y le dejaste partir!
- FERN. ¡Toma!... ¿y por qué él á su vez
el carácter no modera...?
- SANTOS. Tenga el carácter que quiera
tú no puedes ser su juez.
- FERN. Es verdad...
- SANTOS. Esa es la cosa;
si al padre dejas así...
¿qué mucho te deje á tí
el hijo... y luego la esposa?
Hoy que mantiene en un potro
el mal instinto á los buenos,
no los echarás de menos...
pero ¿y mañana? ¿y el otro?
Vacío tu corazón
sentirás que desfallece...

- FERN. (Conmovido.)
Chico... chico... me parece
que vas teniendo razon.
- SANTOS. El enojo al cabo pasa...
¿cuándo tu padre ha partido
que quedaba, no has sentido
huérfana de algo tu casa?
¿Algo de tu propio ser...
- FERN. Pero hombre...
- SANTOS. Su ancianidad
le hundirá en la eternidad
pronto... ¡para no volver!
Y aunque el alma te taladre,
cada día que escatimes
verle, es otro que suprimes
en la vida de tu padre.
- FERN. (Muy agitado.)
¡Ah!... ¿qué hacer? me causa horror...
- SANTOS. Recuerda, ya que te apuras,
nuestras antiguas lecturas...
¿Olvidaste al buen pastor
asombro de los asombros,
que amante el rebaño deja
por ir tras de aquella oveja
que luego trajo en sus hombros?
- FERN. (Sollozando.)
Ah! sí!... de su huella en pos
(Esrechando las manos de Santos.)
¡Prémiete Dios el consejo!...
¡Voy á buscar á mi viejo!...
- SANTOS. (Se dirige al fondo.)
SANTOS. ¡Anda en el nombre de Dios!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

SANTOS, SABINO. Santos aparece sentado al lado de la mesa, recorriendo unas caartillas manuscritas. Sabino paseándose.

SABINO. Advierto á usted que ese artículo no tiene puntos ni comas: me piden original, y ante esa voz imperiosa, hay que dejar á la pluma que á toda máquina corra... y salga lo que saliere.

SANTOS. Para escrito asi, de sobra que está bien.

SABINO. ¿Aprueba usted...

SANTOS. Aprobar... ya es otra cosa. Yo nunca podré aprobar que asi de chungu, de broma y sin conciencia, se escriba sobre materias tan hondas.

SABINO. Y ¿qué he de hacer si Guillermo y su regente me acosan, y una *crónica* me piden...

SANTOS. ¿Una *crónica*?... pues contra el vicio del mal pedir, está la virtud hermosa de no dar alas al vicio, y no se escribe la *crónica*.

SABINO. ¡Eso es!... para que dijeran
que ya mi númen se agota,
que no sirve en los apuros...

SANTOS. ¡Vanidad!... y ¿qué te importa?

SABINO. Don Santos, se me figura
que es usted de los que forman
coro contra esa palanca...

SANTOS. No, hijo mío, te equivocas.
Amo, admiro y reverencio
la prensa moral, la docta;
la que reprende y no agravia,
la que enseña y no acogota.
Por eso deseo que
la que puede ser antorcha,
no se convierta en tizon
que ensucie y manche las honras.

SABINO. Pero si yo...

SANTOS. Tú, con esa
facundia que te devora,
escribes... ps!... por llenar
muchas hojas, ¡muchas hojas!
sin advertir que algun día
vendrá en que contigo á solas,
con mas saber y experiencia
querrás dar tu sangre toda
por borrar... ¡y no podrás!
el papel que hoy emborronas.

SABINO. Borrar!... ¿por qué...

SANTOS. Porque el hombre
ni es malvado ni es idiota:
porque ninguno, á sabiendas,
en el mal funda su gloria,
y cada cual sus errores
enmienda cuando los toca.
Ejemplo: ¿crees, pobre niño,
que harás lo que haces ahora
cuando embellezca tu frente
del doctorado la borla...
emblema de la justicia,
del hombre recto corona?
Imposible. Cumplirás
los deberes que te imponga

la profesion nobilísima
que en pró del derecho aboga.
Tendrás que aspirar, Sabino,
el ambiente de esa atmósfera
de amor al bien que circula
en los pliegues de la toga;
y cuando á tí venga el padre
calumniado, ó bien la esposa
difamada, ó bien el huérfano
á quien el crimen despoja,
y su honor y su justicia
en tus nobles manos pongan,
¡con qué ardor no abogarás
contra la calumnia torva,
contra la injuria infamante,
contra esas pasiones locas,
martirio del inocente,
de toda virtud ponzoña!
Mas ¡ay!... cada vez que entonces
te recuerde la memoria
que tú tampoco tuviste
piedad ni misericordia
de los seres que cayeron
bajo tu pluma visóna,
sentirás peso en el alma;
que á tu frente acuden sombras,
y que tu cara á intervalos
se pone encendida, roja.
Esto será... ¿no ha de ser...
si ya estoy viendo que asoman
las lágrimas á tus ojos?...
(Sabino vuelve la cara y se pasa la mano por los
ojos.)
No te avergüences... ¡que corran
en abundancia! Esas lágrimas
purifican lo que mojan,
porque son el dulce jugo
de las almas generosas.
(Breve pausa.)
Bien: ahora que ya sabes...
Este es tu artículo; toma:
haz de él, según tu conciencia,

el uso que corresponda.

SABINO. (Dando vueltas al rollo de papel.)

Pero ¿debo...

SANTOS.

No lo sé:

procede segun tu propia
conviccion. En ese artículo
hieres á varias personas
que nunca te hicieron daño,
y que tu existencia ignoran.

Son varones distinguidos
que por su honradez notoria,
por su carrera y sus hechos
de justo concepto gozan:
tienen padres, tienen hijos
que los respetan y adoran,
y viven tan confiados...

Pero tu pluma ingeniosa,
dando tajos y reveses,
trunca, adultera su historia,
y entre alusion y sarcasmos
y otras figuras retóricas,
á la burla de las gentes
sin compasion los arroja.

Y todo ¡con una saña,
una violencia, una cólera...
que no hay en tí... porque tú
acaso ni los conozcas...

ni nada de lo que ahí pones
podrás probar, ni te consta...

Es decir, que detras de esa
hojarasca tan ruidosa,

no hay mas que un pobre muchacho

que ha cogido una pistola,
sin saber que está cargada,
que la monta... y la desmonta...

y asi jügando, al primero
que pasa... apunta y lo inmola.

Si te parece eso justo,
allá tú te las compengas.

SABINO. (Con la cabeza baja, rompe el artículo y tira los pedazos sobre la mesa.)

(¡Qué reprimenda! No vuelvo

- á meterme en trapisondas...)
- SANTOS. (Ya esperaba yo que al fin...
¡es una piedra preciosa
sin labrar!...) Muy bien, Sabino,
me place que reconozcas...
- SABINO. Yo... don Santos, ignoraba
el alcance de esas cosas...
- SANTOS. Pues, amiguito, ya puedes
desde hoy apreciarlo en toda
su extension... ¿No ves tu casa
cómo está?... ¡Qué silenciosa!
Por tu irreverente escrito
tu anciano abuelo abandona
para siempre estos lugares,
adonde sus hijos moran;
tu madre, tu hermosa madre,
que es tan buena, tan piadosa,
su casa dejó tambien. . .
y tu pobre padre llora...
¿Y tú, qué harás, hijo mio,
en medio esta noche lóbrega,
alumbrado por la tea
de la siniestra discordia?
- SABINO. ¡Ay, don Santos!... sus palabras
en mí caen como gotas
de plomo... ¿qué debo hacer...
- SANTOS. No es fácil hallar la fórmula...
- SABINO. ¿Me iré con mamá?
- SANTOS. Si dejas
á tu padre, lo deshonras.
- SABINO. Pues no saldré de esta casa.
- SANTOS. Verán á tu madre sola...
murmurarán, será víctima
de las lenguas maliciosas...
- SABINO. Es verdad... ¿qué haré, Dios mio...
para evitar... ¡me sonroja...
¡Don Santos! usted que es bueno,
que grande ingenio atesora;
usted que nos quiere tanto...
librenos de estas congojas...
- SANTOS. ¿Comprendes tu error, Sabino!
- SABINO. Ay!... su recuerdo me agobia!

- yo no pude imaginar...
- SANTOS. Bien; pues manos á la obra:
toma una pluma y escribe.
- SABINO. Dikte usted.
- SANTOS. (Dictando.) «Madre y señora: -
«venga usted...»
- SABINO. Le hablo de tú.
- SANTOS. Hoy es día de reformas:
esa costumbre no es buena.
(Dictando.)
«Venga usted, que el llanto ahoga...
»al hijo de sus entrañas...
»que solo en su hogar la implora.»
Firma y cierra.
- SABINO. Ya está.
- SANTOS. (Tomando la carta.) Bien.
Ahora quiero que te escondas
en tu cuarto, y que no salgas
de él hasta que yo en persona
te avise...
- SABINO. Voy á esconderme:
me deja usted que recoja
mis libros? Los tengo ahí dentro
en el cuarto de...
- SANTOS. En buen hora.
- SABINO. ¿Cree usted que vendrá mamá?
- SANTOS. No lo dudo.
- SABINO. Ay!... ¡Dios le oiga?
(Entra en la habitación de la izquierda)

ESCENA II

SANTOS.

El caso es que esta familia,
pudiendo vivir en gracia,
en santa paz, se ha empeñado
en rasgarse las entrañas.
Viejos y jóvenes tienen
llena de bondad el alma;
pero ¡ya se vé, ninguno
está en su puesto, y... desbarran.

¡Cuántos habrá que tambien...
tambien por la misma causa,
por olvido, por incuria,
por no estudiar su... ¡qué lástima!
Pero aquí ¿no hay ni un criado?

(Tirando del cordon de una campanilla.)

¿Está desierta esta casa?

(Sale Teodora por el fondo)

ESCENA III.

SANTOS, TEODORA.

TEOD. ¿Quién llama?

SANTOS. (Sin mirarla.) Que al punto lleven
á la señora esta carta.

TEOD. Está bien; pero ¿qué miro?...
¡Señor don Santos!

SANTOS. (Reparando en ella.) Muchacha...

TEOD. ¿Conoce usted á mis amos?

SANTOS. Sí, mucho; desde la infancia.

TEOD. ¡Usted aquí!...

SANTOS. Y ¡aquí usted!...

TEOD. ¿Y la palabra empeñada?
Me proponia expiar
sobre el terreno mis faltas:
hacer comprender á todos
que quiero ser buena, honrada;
y como todos lo son,
alimento la esperanza...

SANTOS. Muy bien; ¡grande será el mérito
si usted triunfa en su demanda!
Pero, hija, es la criatura
por su condicion tan flaca...
que huir conviene el peligro
y evitar las asechanzas.
Mida usted antes sus fuerzas,
su fé, su perseverancia...
¡no aumente usted el infierno
que aquí...

TEOD. Mi intencion es sana...

SANTOS. Siendo sana la intencion

á veces con ella basta.

Adelante.

TEOD. (Besándole la mano.) Dios le premie...

(Aparece Marcos en el fondo.)

SANTOS. Que lleven la carta.

(Entra, sin ver á Marcos, en la habitacion de la derecha.)

ESCENA IV.

TEODORA, MARCOS.

MARCOS. (¡Cáscaras!)

¿tambien con ese estantigua?

Pues somos cinco en la danza.)

Supongo que no dirás

que estoy viendo musarañas.

TEOD. Mas que nunca, Marcos.

MARCOS. Pues...

me parece que besabas...

TEOD. Te parece bien; es cierto.

MARCOS. ¡Teodora!... y digo ¿eso es paja?

Es obispo este señor...

TEOD. Este señor es... (Le habla al oído.)

MARCOS. Eh?... Calla!...

¿conque es el que... y viene por...

Entonces... no digo nada.

TEOD. Lleva esta carta al momento;

ponla en las manos del ama...

MARCOS. ¿Es urgente?

TEOD. Sí.

MARCOS. Pues corro...

Teodorilla, perdona...

TEOD. ¡Anda!

ESCENA V.

TEODORA, despues SABINO.

TEOD. ¡Sorpresa mas agradable!...

Es el ángel de mi guarda...

Oh!... mientras él esté aquí,

todo irá como Dios manda.

(Mirando á la izquierda.)

Malo!... malo!... el señorito...

este es otro que bien baila...

Vendrá... pues lo que es ahora,

si conmigo se desmanda...

(Sale Sabino con unos cuantos libros debajo del brazo. Mira á Teodora y sin decirle nada se dirige al fondo.)

SABINO. (Vida nueva... vida nueva...)

TEOD. (¿Me mira... se calla... y pasa delante de mí... ¡qué cambio!... mucho dure.)

(Llega Sabino á la puerta del fondo, en la que se encuentra con Guillermo.)

ESCENA VI.

TEODORA, SABINO, GUILLERMO.

GUILL. Camarada!

¿Y la *crónica*? ¿acabaste...

SABINO. Hace una hora.

GUILL. Sí? pues daca.

SABINO. Allí está sobre la mesa.

GUILL. Y ¿adónde con esa carga de libros?

SABINO. Voy á mi cuarto á estudiar. (Sale por el fondo.)

GUILL. (Dirigiéndose á la mesa.)

Tú? ¡patarata!

Recojamos el artículo...

(Revolviendo los pedazos del papel que Sabino echó sobre la mesa.)

Pero... ¿es este?... ¡buenas trazas...

¡lo ha roto! (Á Teodora.)

¿Por qué lo ha roto?

TEOD. Y yo ¿qué sé?

GUILL. ¡Qué humorada!

destrozar un folletín...

y ¡un folletín de gran talla!...

Dime, niña, ¿qué ha pasado?

- TEOD. ¿por qué ha sido la borrasca?
¿De qué borrasca habla usted?
- GUILL. Conque no?... me figuraba...
¿Es decir, que aquí los dos
en santo amor y compañía...
- TEOD. Ni lo uno ni lo otro.
- GUILL. ¿Cómo...
- TEOD. Porque de salir acaba
del cuarto de su mamá,
y no ha dicho ni palabra...
- GUILL. ¡Publicar sin folletín
el número de mañana!...
En una nota echaremos
la culpa á las circunstancias...
¿Y la señora?
- TEOD. Ha salido.
- GUILL. Estará en la Castellana...
- TEOD. Está en casa de su padre.
- GUILL. Mas su ausencia...
- TEOD. Será larga.
- GUILL. ¿Qué dices?... eso me huele...
¡al fin hubo tramontana?
- TEOD. Atroz! atroz!...
- GUILL. Lo temía.
Ya dejé yo bien cargada
esta mañana la atmósfera...
Pero chica, ¿no me engañas?
¿ha sido batalla seria,
ó conato de batalla?
- TEOD. Ha sido un gran rompimiento,
una terrible desgracia...
- GUILL. Desgracia?... no, me parece
que exageras algo...
- TEOD. Vaya!
pues si aun le parece poco,
usted dirá á lo que llama...
- GUILL. Tempestades de verano;
mucho ruido, y luego aclara...
- TEOD. Lo que es esta fué de invierno
con su nublado y sus aguas
de temporal...
- GUILL. Ya verás

- como todo ello en sustancia
se reduce á un disgustillo
que no dura una semana.
- TEOD. Dios le oiga á usted; pero dudo
que así tan pronto la calma...
La señora está furiosa.
- GUILL. Hola, hola...
- TEOD. Está indignada;
ha mandado que la envíen
toda su ropa, la cama...
- GUILL. Cuando se pide ese mueble...
bien, muy bien, la cosa marcha;
me alegro...
- TEOD. ¡Se alegra usted...
¿no lamenta...
- GUILL. ¡Buena gana!
pues en eso yo, ¿qué pierdo?
Á rio revuelto...
- TEOD. Infamia!
¿y se llama usted amigo?
- GUILL. Chica, por poco te alarmas...
El ser amigo no quita...
¡soy gran pescador de caña!
- TEOD. Usted será lo que quiera;
mas lo que pesque...
- GUILL. Cachaza;
que no se ganó Zamora...
lo principal es que haya
alejamiento, interdicto...
y era una cosa esperada;
si ha tiempo que estan sus ángeles
completamente de espaldas...
Tu señor es...
- TEOD. Un bendito.
- GUILL. Y tu señora...
- TEOD. Una santa.
- GUILL. No lo dudo; pero como
aun no está canonizada,
y tiene esa inteligencia
tan chispeante, tan clara...
- TEOD. Pues por lo mismo...
- GUILL. Despues

- abrigo la confianza
de que la que me está oyendo
conmigo no será ingrata,
y me prestará su apoyo
á cambio de alguna alhaja...
- TEOD. Conmigo no cuente usted.
- GUILL. No te cierres á la banda...
si todos nos conocemos
¿á qué hacer la mojitata?
- TEOD. Está usted equivocado,
y mida bien sus palabras:
yo tengo á mis amos ley...
- GUILL. Bien tenida: no se trata
de la ley ¡no!... sino de una
sociedad comanditaria...
- TEOD. Eh!... yo no entiendo...
- GUILL. Me asombra
encontrarte tan uraña,
cuando á los dos este dia
un mismo interés enlaza...
- TEOD. Yo!... ¿qué interés...
- GUILL. No? pues hoy...
lo que es hoy bien te abrazaba
tu señor, ese bendito...
- TEOD. Aquello fué...
- GUILL. Sí, una chanza,
una ligera expansion
sin consecuencias... ¡táimada!...
- TEOD. ¡Jesus! .. y ¡qué mala lengua!
- GUILL. No es una lengua tan mala
aquella que solo dice
verdades... un poco amargas...
- TEOD. Si siempre las dice usted
como ahora...
- GUILL. Sé la táctica
que empleais con los neófitos...
¿Y conmigo vas á emplearla?...
No te molestes, ya sé
que todas negais impávidas
lo que se ve: lo que no...
pues!... averigüelo Vargas.
Eso á Sabino, ó á Marcos

- TEOD. ¿pero á un pez con mis escamas...
(Da calentura este mozo,
y calofrios y náuseas...
¡El alma debe tener
mas negra y atravesada!...)
- GUILL. Con que, Teodora, quedamos
en que con pulso, con maña,
me allanarás el terreno,
prepararás la emboscada...
- TEOD. No quedamos en tal cosa:
usted todo se lo charla
y es inútil que porfie;
mi señora es una dama
incapaz...
- GUILL. Ya lo veremos;
otras empresas mas árduas...
- TEOD. Silencio! que alguno llega...
(Mira hacia el fondo.)
- GUILL. Será ese buen papanatas.
- TEOD. Ay!... mi señora!
- GUILL. Qué dicha!
como á toque de campana...
Pues ya no te necesito.
La ocasión la pintan calva.

ESCENA VII.

DICHOS, NARCISA.

- NARC. ¿Y mi hijo? ¿qué le sucede?
- GUILL. Señora...
- NARC. Adios. ¿Y Sabino?
adónde está que no sale...
¿está enfermo...
- TEOD. No...
- NARC. ¡Dios mío?
- TEOD. Está en su cuarto estudiando...
- NARC. ¡Siempre á vueltas con los libros!
y hoy abrasaba su frente...
le va á dar un tabardillo,
un ataque cerebral.
- GUILL. Eso es lo que yo le digo.
Lo primero es defender

- la salud del individuo,
mas del saber es esclavo,
y por mas que le predico...
- NARC. Ve allá; dile que se deje
de griegos y de latinos,
y que mis brazos le aguardan...
(Se retira Teodora por el fondo.)
Jesus!... ¡qué chico! ¡qué chico!
me ha dado un susto ..
- GUILL. Pues ¿cómo?
- NARC. Con la carta que me ha escrito.
Me decia que lloraba...
y como es tan nerviosillo,
lo mismo ha sido leerla
que medio loca, sin tino
eché á correr.
- GUILL. ¡Oh! ¡qué madre!
¡qué corazon!... qué idealismo!
Pero estará usted rendida,
porque hoy la mañana ha sido
tremenda: está usted luchando
con sus afectos mas íntimos:
su impresionabilidad
se habrá excitado... ¡preciso!
¿Quiere usted agua?
- NARC. No, no...
- GUILL. Aquí tengo un vinagrillo...
- NARC. Qué!... no, gracias; soy muy fuerte,
y los pesares resisto
con grande resignacion...
en estando bueno mi hijo...
- GUILL. Y ¡que haya quien poseyendo
un corazon, un espíritu
tan amante y elevado...
- NARC. ¿Qué le hemos de hacer, amigo?
No todos son como usted,
tan benévolos...
- GUILL. Me indigno
al considerar que un hombre...
ah!... señora, ¡es inaudito!...
- NARC. En efecto!...
- GUILL. Usted no debe

- someterse á sus caprichos...
- NARC. Ya procuro...
- GUILL. Los derechos
del hombre no...
- NARC. Convenidos.
- GUILL. ¡Faltar á usted de ese modo!...
- NARC. Pero ¿usted sabe?...
- GUILL. Es lo mismo
que si hubiera presenciado...
Habrá dado horribles gritos...
¡Muchos!...
- NARC. ¡Muchos!...
- GUILL. Se habrá descompuesto.
- NARC. Como nunca.
- GUILL. ¡Me horripilo!
Con usted... ¡tan delicada!...
Si poseyera algun título,
algun derecho inconcuso
que nos pusiera al abrigo
del mal decir de las gentes...
juro á usted que este conflicto
había de terminar...
- NARC. Oh!... le agradezco infinito
el interés que le inspira...
pero no gusto de ruidos...
- GUILL. Ni yo tampoco, por eso
callo, siento y me resigno...
- NARC. ¡Usted! ¿á qué?
- GUILL. Mi interés
por su esplendor, por su brillo
es de tal naturaleza...
(No llego, aunque me aproximo...)
- NARC. Gracias... pero evite usted
que parezca algo excesivo...
- GUILL. Por mí... (Con estas salidas
me deja estático, frío...)
- NARC. El choque de esta mañana
ha sido rudo, algo vivo...
uno de tantos, Guillermo,
que ocurren en nuestro círculo.
Tengo costumbres muy fijadas;
tengo hábitos contraidos
que, según parece, ahora

no agradan á mi marido;
y como yo, por carácter,
con lo injusto no transijo:
como Fernando no es pobre
y yo de él no necesito,
he resuelto buenamente
trasladarme á mis antiguos
lares; y allí, acompañada
de mi Sabino, de mi ídolo,
vivir tranquila, sin voces...
GUILL. Sí, sí!... allí los tres juntitos
nos reiremos, cantaremos,
murmuraremos ¡qué trio!
Yo seré su secretario,
su gentilhombre, su activo...
(No me atrevo, no me atrevo...)

ESCENA VIII.

DICHOS, TEODORA.

NARC. ¿Qué hay, Teodora?
TEOD. El señorito
no quiere salir del cuarto
hasta que le de permiso...
NARC. Quién?
TEOD. Don Santos...
NARC. ¿Cómo es eso?
pues don Santos ¿ha venido?
TEOD. Sí señora; y hace un rato...
NARC. Pero á Sabino le has dicho
que es su madre quien le llama?
TEOD. Lo que es eso bien clarito;
pero ha cerrado la puerta...
NARC. ¿Qué es lo que aquí ha sucedido...
le llamo y se desentende...
vamos á ver si conmigo...
(Desaparece con Teodora por el fondo.)
GUILL. (Tomando su sombrero.)
Le voy á ofrecer el brazo...
Es tan oscuro el pasillo,
que pudiera tropezar...

Oh!... qué ocasion...

(Santos sale de la habitación de la derecha sin que le vea Guillermo, hasta el momento en que siente que le sujetan por la muñeca.)

ESCENA IX.

SANTOS, GUILLERMO.

- SANTOS. Amiguito?
- GUILL. Eh!... Ah!... ¿usted... tan de repente...
llega usted como una sombra...
(Bien dicen, cuando se nombra...
al ruin...) ¡Vuelvo!...
- SANTOS. No, detente...
- GUILL. Que me... ¿y en nombre de quién
se ejerce esta sin igual...
- SANTOS. En nombre de la moral...
- GUILL. ¿De la...
- SANTOS. Y de tu propio bien.
- GUILL. Conozco mi bien de sobra,
que ya no soy un chiquillo...
(Ya habrá pasado el pasillo!...)
Don Santos; ¡qué mala obra
con su moral y su bien,
me ha hecho usted!
- SANTOS. «Ay!... desgraciados
los que al placer entregados
tienen ojos y no ven.»
- GUILL. Mucho!... son lamentaciones
excelentes... ¿cómo no...
mas la cuaresma pasó
y con ella los sermones.
¿Conque usted bueno? me alegre;
tan feliz, tan bien portado...
Yo como siempre, endiablado;
y hoy tengo el humor mas negro...
- SANTOS. Como lo suelen tener
los que pecan á sabiendas;
los que huyen las buenas sendas
y no llenan su deber...
- GUILL. Cada vez que considero

- lo que la Iglesia ha perdido
en usted... ¡hubiera sido
un terrible misionero...
- SANTOS. Todos de la Gracia en pos
al bien somos obligados...
- GUILL. Ya!...
- SANTOS Y en todos los estados
se puede servir á Dios.
- GUILL. Cabal!... ese es el vocablo;
yo le sirvo á mi manera...
- SANTOS. ¡Servirle tú?... ¡qué quimera!
á quien sirves es al diablo...
- GUILL. Hombre, pues no lo sabia;
ignoraba que era paje
de ese hediondo personaje...
Nunca le he visto y daría...
- SANTOS. Ni lo verás...
- GUILL. ¿No? ¡ay de mí!
- SANTOS. Aunque los suelos remuevas
no lograrás... si lo llevas...
lo llevas dentro de tí.
- GUILL. ¿Dentro de... ¡qué atrocidad!...
me asusta usted.
- SANTOS. No te asustes...
bien; búrlate cuanto gustes;
pero hijo, esa es la verdad.
Cuando estás en un salon
y entre el goce y la fortuna
te asalta el recuerdo de una
deslealtad, de una traicion:
¿no sientes cual de un venablo
la punta herirte en el centro?...
pues eso que hiere ahí dentro,
eso, Guillermo, es el diablo...
Cuando ultrajas con desden
el nombre... asi, de pasada,
de alguna mujer honrada
ó de algun hombre de bien...
¿no sientes algo de enfermo
allá del alma en la esencia?
pues esa vaga dolencia
no es mas que el diablo, Guillermo.

- ¡Ay Guillermo! y cuando esté
tu inútil edad gastada,
pienses... y no pienses nada
porque en nada tengas fé!...
¡Quién vendrá á darte, hijo mío,
ideas consoladoras...
¿qué encontrarás en tus horas
postreras... ¡solo el vacío!
Pues el vacío, ese yermo,
esa aridez de que hablo,
no es mas, Guillermo, que el diablo,
que en tí se hospeda, Guillermo.
- GUILL. Veo que soy una fiera...
una cosa ya perdida...
Y usted, ¿no tiene querida?...
vamos, ¿ni novia siquiera?
- SANTOS. Deja ese tono burlon;
á tu vanidad pon tasa,
y ¡no traigas á esta casa
mas luto y desolacion!
- GUILL. ¿La casa... es cosa resuelta;
y en vano por ella pasa
cuidados... porque la casa
no puede estar mas revuelta.
- SANTOS. Sí! puede.
- GUILL. Su voz me exhorta...
pero mi oído se cierra;
si ya penetró la guerra,
que entre el barullo ¿qué importa?
- SANTOS. Pero ¿no te infunde miedo
ver el fondo de ese abismo?
- GUILL. ¡Maldito...
- SANTOS. (¡Cuánto egoismo!)
¡Huye, Guillermo!...
- GUILL. No puedo:
aspiro á llegar al colmo...
porque esa mujer, don Santos,
me encadena á sus encantos...
- SANTOS. Chist!...
- GUILL. Como la yedra al olmo.
- SANTOS. Las leyes de Dios traspasas.
- GUILL. Respeto sus atributos...

- SANTOS. (¡Hé aquí los amargos frutos
del desórden en las casas!)
Bien: tras de larga vigilia
que en el vicio pasarás,
al cabo te casarás,
serás padre de familia...
- GUILL. ¡Don Santos!... por Dios! no hablemos...
- SANTOS. Fija un poco tu atencion
en la pena del Talion...
- GUILL. De aquí allá tiempo tenemos...
- SANTOS. No porque esté muy lejano
el mal es menos seguro.
- GUILL. Será; pero le aseguro
que se cansa usted en vano.
Sus reglitas de moral
son bellas... ¿quién duda, quién...
y me parecen muy bien,
pero las observo mal.
Llevado por la corriente
del mundo, sigo al amor
la pista, y soy pecador,
pecador impenitente.
Si al fin caigo en el garlito...
¡cuántos habrá de mi casta!...
conque esto sentado, basta...
basta ya de sermoncito.
Tuvo usted un desahogo
de moral y de consejo
con su natural gracejo
y su aire de pedagogo...
pero, amigo, en mi camino
ni vuelvo atrás, ni desmayo...
y ya he despedido al ayo.
Vóyme al cuarto de Sabino.

ESCENA X.

SANTOS.

¡Desgraciado!... ciego está:
¡qué tenaz ofuscacion...
no abriga en su corazon

ni pizca de creencias ya.
¡Qué olvido de la virtud!
¡qué irreverente osadia!
¡qué aplomo!... cuánta heregia!...
¡Dios salve á la juventud!
Si en sus errores prolijos
crecen sin ley ni temor,
qué va á ser de ellos, Señor!
y ¡qué de sus pobres hijos!...
(Aparece Narcisa avanzando lentamente por el fondo y como abismada en profundas meditaciones.)

ESCENA XI.

NARCISA, SANTOS.

- NARC. De mi cariñosa red
se aleja... ni mi sonrisa...
ni mis lágrimas...
- SANTOS. ¡Narcisa!
- NARC. ¡Ah! Santos, qué le ha hecho usted?
Qué ha dicho á ese pobre niño
que de su madre se esconde
y á mi cariño responde
con reservado cariño?
- SANTOS. Le hallé de una sima al lado;
iluminé su razon;
llamé á su buen corazon,
me respondió... y le he salvado.
- NARC. Salvarle de que me quiera!...
pues qué! ¿la sima soy yo?
- SANTOS. La sima, Narcisa, no;
mas tampoco es la barrera...
- NARC. ¿Á que salimos ahora
con que al hijo de mi alma
quiero mal?
- SANTOS. Vamos, mas calma...
nadie dice eso, señora.
- NARC. Es que es notorio en Madrid
que con exceso profeso...
- SANTOS. Pues ahí está, en el exceso,
en el exceso está el quid.

- NARC. Y ¿qué exceso ¿esto me exalta!
cabe en la fé maternal?...
SANTOS. Al peso que no es cabal,
ó le sobra algo... ó le falta.
NARC. ¡Yo sobrar... faltar... ¡qué escucho!
¿No está en el buen fiel mi peso?
SANTOS. ¡Ay Narcisa!... en cuanto á eso
hay mucho que decir, mucho.
NARC. ¿No lleno bien mi deber?
¿seré yo una madre ruin,
aturdida, injusta... sin
saberlo?
SANTOS. Pudiera ser.
NARC. Es usted, á lo que entiendo,
hombre de ciencia y verdad;
pero ¿en qué hechos... ¡por piedad!
SANTOS. Pues ¿no los está usted viendo?
¿Qué pasa aquí? Bien se vé.
¿Dónde los miembros diversos
de esta familia?... Dispersos,
detestándose... ¿Por qué?
Todos son buenos aquí;
todos lo bueno comprenden;
pero entre sí no se entienden...
y bien; ¿por qué no entre sí?
Porque de golpe y porrazo
cada cual destruye y salta...
Claro! porque un lazo falta.
¿Quién debe ser ese lazo,
esa guirnalda de flores,
ese aura que el bien nos trae...
¿quién el dulce iman que atrae?...
y ¿quién esa voz de amores
que junta, que une y concilia,
sino la mujer honesta,
¡esa gran figura enhiesta
de la madre de familia!
Es la vida de nosotros
cadena de transacciones,
de plácidas concesiones
de los unos á los otros.
Si no procuramos mas

que vivir por egoismo,
cada cual para sí mismo
y no para los demas.

Si no nos consideramos;
si adoptamos los extremos;
si humildes no obedecemos
y afectuosos no mandamos...
y á tiempo ninguno cede,
y hace escarnio, y es ludibrio...
no es posible el equilibrio...
y eso es lo que aquí sucede.

NARC. Oh!... por mi parte... jamás...
solo de mi hijo el cariño...

SANTOS. Usted adora en su niño
y no se acuerda de mas.
Como esto le satisface,
cree que ese hijo idolatrado
es un juguete formado
para que usted se solace.
Y no es eso ni lo ha sido:
el ser que tanto le halaga
no es un átomo que vaga
por el espacio perdido.

No, representa deberes,
derechos, obligaciones,
que á su vez son eslabones
que le enlazan á otros seres.
Porque ese niño será
hombre; el hombre será esposo,
y el esposo en amoroso
padre se convertirá.

Y bien, señora, ¿á Sabino
ha dispuesto y preparado
para que alegre y holgado
cruce un dia ese camino?

NARC. Ah! ¿qué quiere usted decirme?
me confundo...

SANTOS. Se confunde
porque su planta se hunde,
porque no pisa en lo firme.

NARC. ¿Será que ignore yo el arte...
mas ¿no merezco disculpa?

- ¿es mía toda la culpa?
SANTOS. Toda no; la mayor parte.
La madre es la direccion,
el guia en todos los casos:
en nuestros primeros pasos
faro de nuestra razon.
Pero usted no ha dirigido
ni hecho sentir su poder;
usted ha dejado hacer...
y celebrado, aplaudido
el extravio infantil;
en Sabino el gesto, el modo,
la insolencia, el vicio ¡todo!
ha sido bello, gentil. —
Á los hijos... ten con ten:
con besos y con abrazos
se forman... sí, ciertos lazos;
pero no se educan bien.
- NARC. Mi amor... mi materno fuego...
SANTOS. Es que hay dos clases de amor;
amor lince, previsor,
y amor infecundo, ciego.
Esta mi sinceridad
perdone usted...
- NARC. (Me sofoca...)
SANTOS. Ya sabe usted que mi boca
dice siempre la verdad.
- NARC. Comprendo que mi deber
no he llenado; mi deseo
fué bueno; pero hoy me veo
en un trance... ¿qué he de hacer?
Tengo abnegacion bastante...
y eso el tiempo lo dirá:
oh!... mi conducta será
muy distinta en adelante.
Pero es el caso tambien,
que quiero llevarme á mi hijo
y él se resiste, aunque exijo...
- SANTOS. Señora, y hace muy bien.
NARC. ¡Hace bien!... esto es atroz!
¿verá insensible mi llanto?
¿el hijo que adoro tanto

- desconocerá mi voz,
¡ay! no seguirá á su madre?...
- SANTOS. Y ¿por qué la ha de seguir?
no han dejado ustedes ir
hoy al padre de su padre?
Cuando ese ejemplo se da...
esos ejemplos, señora,
producen su fruto ahora;
despues... se juzgan allá!
- NARC. Santos... ¡por Dios! ¿no hay manera
de remediar este exceso...
me abruma usted bajo el peso
de su palabra severa.
- SANTOS. En su mano está el cumplido
remedio...
- NARC. Sin vacilar...
- SANTOS. ¿Quién le manda abandonar
la casa de su marido?
- NARC. Me exasperó...
- SANTOS. ¿Y la obediencia
que se le debe y merece?
Oh! ¡cuán hermosa parece
ante el Señor la paciencia!
(Marcos desde la puerta del fondo.)
- MARCOS. ¡Llamo. (Se retira.)
- NARC. Ah!...
- SANTOS. (Conduciéndola á la habitacion de la izquierda.)
En su habitacion
recójase usted, medite...
despues obre y no limite
el vuelo del corazon,

ESCENA XII.

SANTOS, FERNANDO.

- SANTOS. ¿Vuelves solo...
FERN. Solo, sí,
con el alma traspasada;
le he rogado... pero ¡nada!
no quiere volver aquí.
No quiere volver á entrar

en mi casa, ¡en la de su hijo!
y yo... me angustio, me aflijo...
me voy á desesperar...

(Se deja caer en una silla.)

Qué!... ¿sus canas venerables
ya no han de honrar esta casa?
Padre!... ¿qué es lo que me pasa...
somos unos miserables!

(Santos hace una seña en direccion de la habitacion
de la izquierda, aparece Narcisa en la puerta, y San-
tos le señala á Fernando. Narcisa se adelanta lenta-
mente hácia su marido: Santos se coloca cerca de la
puerta del fondo.)

ESCENA XIII.

NARCISA, SANTOS, FERNANDO.

FERN. Tiene razon; ya no hay modos...
despues del suceso de hoy...
¡ingratos!... cierto... y ¡yo soy
el mas ingrato de todos!
¡Qué funesto desvario!...
solo quedé... y sin reposo...
fui mal hijo, mal esposo;
mal padre...

NARC. ¡Fernando mio!

SANTOS. (Desapareciendo por el fondo izquierda.)
(¡Bien!)

FERN. Eh! ¡Tú!... ¿qué haces aqui?

NARC. Vengo...

FERN. ¡Aparta, fementida!

NARC. Ve que estoy arrepentida...
no... ¡no me alejes de tí!

FERN. Déjame con mis dolores,
que llore, blasfeme y dude...

NARC. Pues déjame que te ayude
á llorar nuestros errores.

FERN. ¡Ah!

NARC. Si tu perdon me das
¿quién sabe, puede que Dios,
al reunirnos á los dos...

nos devuelva á los demas.
FERN. Narcisa... ¡ven á mis brazos!
(Mientras permanecen abrazados aparece Santos en el fondo trayendo violentamente á Guillermo.)

ESCENA XIV.

NARCISA, FERNANDO, SANTOS, GUILLERMO.

— SANTOS. (Bajo á Guillermo y sin soltarle el brazo.)
Aleve entre los alevés...
¡mira!... ¿los ves? si te atreves,
rompe... ¡rompe aquellos lazos!
(Guillermo se pone el sombrero con muestras de mal humor y sale apresuradamente de la escena. Narcisa y Fernando se vuelven y al ver á Santos le tienden los brazos y cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Aparece Teodora sentada á la izquierda del escenario cosiendo, y rodeada de grandes canastos de ropa blanca.

ESCENA PRIMERA.

TEODORA, doblando una prenda y tomando otra.

Esta ya está: poco á poco iremos al fin llegando.
Me parecerá mentira;
¡cuidado si había trapos!... como que en mas de dos meses ni una puntada se ha dado.
En faltando el arreglito, el arreglito diario, ¿qué ha de suceder? Fortuna que nos vamos enmendando.
Hoy parece un oratorio la casa... ¡si ese don Santos es de lo mas!... en diciendo que mueve un poco los labios, no hay mas que decir amen.
¡Qué cambio... pero qué rápido!
El ama, tan hacendosa: el señor, en su despacho trabajando como un negro:

el señorito en su cuarto
revolviendo sus librotos
tan seriecito y tan...

(Viendo á Sabino que se adelanta por el fondo con
un libro debajo del brazo.)

Malo!

¿Á que se ha cansado ya
y aquí vuelve á marearnos?

ESCENA II.

TEODORA, SABINO.

SABINO. ¿Y don Santos?

TEOD. Ha salido.

SABINO. ¿Volverá pronto?... le aguardo...

TEOD. Parece que don Jerónimo
está que arroja venablos,
y que le ha dicho á papá
que excuse ruegos y pasos,
porque no vuelve á esta casa.

Don Santos al escucharlo,
al ver la afliccion de todos,

ha salido como un gamo
á buscarle, y es posible...
¡como con él puede tanto!

SABINO. ¡Dios haga que lo consiga!

TEOD. Observo que está usted pálido...

¿quiere usted un bizcochito?

¿Jerez?... ¿un poco de caldo?

SABINO. No, nada; Teodora, nada;

le agradezco sus cuidados...

TEOD. (¡Miren qué fino se ha vuelto,
y qué humildito, y qué guapo!

pero ¡calle! estan sus ojos

de lágrimas arrasados...)

¿Por qué llora usted!...

SABINO. ¿Por qué?

porque el dolor me está ahogando;

el dolor de haber yo sido

la causa de este quebranto.

TEOD. Pero y ya ¿qué se ha de hacer?

- á lo hecho pecho y al grano.
Haga usted lo que nosotros:
todos tenemos que echarnos
algo en cara, y cada cual
por su parte ha procurado
corregir sus defectillos,
que no son, por cierto, escasos.
Yo he sido bastante maula,
mi quehacer he descuidado,
pero ya me tiene usted
corcusiendo y remendando...
- SABINO. Sí, sí; tambien me propongo
reformular desde hoy mis hábitos:
no quiero que se me tache
de insolente, deslenguado,
de ángel malo de la casa
que rompe todos los lazos...
- TEOD. ¡Muy bien, muy bien, señorito!
ese es el camino llano...
- SABINO. Y empiezo pidiendo á usted...
- TEOD. ¿Usted?... ¿tan pronto ha olvidado
que me hablaba usted de tú?
- SABINO. No, pero dice don Santos
que es una mala costumbre
hablar de tú á los criados,
á los padres y mayores:
que debo considerarlos...
- TROD. Ah! si don Santos lo dice
ya lo tendrá averiguado...
- SABINO. Por eso perdon le pido...
- TEOD. ¡Á mí! ¿de qué?
- SABINO. Por si acaso
alguna vez la ofendí...
¡he sido tan insensato!
Ignoraba... no sabia
que se inferian agravios...
- TEOD. Eh!... señorito, no vale
la... ¡ni tanto ni tan calvo!
Todo ha sido meras chanzas
hijas de sus pocos años;
por fortuna yo tenia
algunos más, y he logrado

que no se trocara en veras
una broma de muchacho.

SABINO. (Se sienta al otro extremo del teatro y se pone á leer.)

Gracias, Teodora.

TEOD. Usted mande;

y nada, no hay que tomarlo

tan á pechos... porque al fin,

Dios sobre todo, y buen ánimo.

(Vaya si está el pobrecillo

arrepentido... ¡qué chasco!

¡Quién habia de pensar

que se volviera tan casto

el que era hace poca horas

tan audaz, tan temerario?)

(Sigue cosiendo y asoma la cabeza Marcos por la puerta del foro.)

ESCENA III.

DICHOS, MARCOS.

MARCOS. ¡Muy bien!... Teodora cosiendo...

el señorito estudiando...

la primera vez es esta

que los encuentro tan mansos...)

¿Puedo pasar, señorito?

SABINO. ¡Hola!... adelante, don Marcos.

MARCOS. ¡Toma! y me da tratamiento...)

¿Podré sin incomodarlo

dar un recado á Teodora?

SABINO. ¿Por qué no? Si soy obstáculo

me iré...

MARCOS. ¡Qué!... no, no señor!...

(Qué buena yerba ha pisado...)

(Á Teodora)

¿Adónde está la señora?

TEOD. En el despacho del amo

hace un momento la he visto.

MARCOS. Tengo que darle un recado...

TEOD. Pues entra... Pero en persona

sale ella misma á tomarlo.

ESCENA IV.

DICHOS, NARCISA.

NARC. ¿Aquí estabas, hijo mio,
y todavía entregado...

SABINO. Sí, señora.

NARC. Bueno es eso;
te lo agradezco y aplaudo;
pero, mira, hijo del alma,
debes estar fatigado;
en todo el día no has hecho
otra cosa, y necesario
á la salud es que alternen
el estudio y el descanso.

SABINO. Sí, por tanto descansar
he perdido mas de un año:
los que empezaron conmigo
se examinarán de cuarto,
y va á ser una vergüenza
que yo...

NARC. Olvida lo pasado...
¡ahoguemos ese recuerdo
que á todos nos hace daño!
y no quieras en un día
recuperar lo que en tantos
se ha perdido. Tus estudios
debemos metodizarlos.
El afan de día y noche
en un mismo, igual trabajo,
por lo comun no da frutos
abundantes ni lozanos.
El hastio, la fatiga
nos enervan... y al contrario:
cuando se cambia de objetos
por un sistema ordenado,
hay mas frescura, mas brio,
en todo se ve mas claro,
para todo alcanza el tiempo
y nuestros fines logramos.
Lo mismo. Sabino mio,

eso es lo mismo que cuando
nos proponemos llegar
de una montaña á lo alto:
si á la carrera subimos,
caeremos de aliento faltos;
mas si emprendemos la marcha
con voluntad y despacio,
por áspera que ella sea,
poco á poco, sin notarlo
nos hallaremos arriba
sin fatiga ni cansancio.

(Le quita el libro.)

Ya has estudiado hoy bastante
y sobre un objeto dado:
conviene cambiar de objeto.

SABINO. Bien; y ¿con cuál otro cambio?

NARC. Escucha: tu pobre padre,
que hoy está apesadumbrado,
tiene, para sus negocios,
que arreglar no sé qué planos.
Su vista ya está cansada,
su pulso estará alterado,
y le vendría de perlas
si apareciera una mano...

¿Por qué no vas á ayudarle?

SABINO. Como está tan enojado
conmigo...

NARC. Pues por lo mismo
és fuerza desenojarlo.

Si de pronto entras á verle,
y te arrojas en sus brazos,
y le das un par de besos,
y dices: «Papá Fernando,
tengo pulso y buena vista,
y sé manejar los bártulos
del dibujo... ¿Quiere usted
que ponga en limpio esos calcos?
Á ver si para algo sirvo;
descanse usted entre tanto.»

Si esto dices, ya verás
caer de un tiro dos pájaros;
le darás un gran placer

- y le aliviarás...
SABINO. ¡Volando!...
Pero ¿no me arrojará
con mal humor de su lado?
NARC. No espero... mas si lo hiciera,
hijo, no hay mas que aguantarlo;
al fin es tu padre...
SABINO. Voy.
NARC. Anda con Dios.
SABINO. Voy temblando.
(Entra en la habitacion de la derecha.)

ESCENA V.

NARCISA, TEODORA, MARCOS.

- NARC. (¡Tiene el corazon mas bello...)
MARCOS. ¿Señora...
NARC. ¿Qué, amigo Marcos?
MARCOS. (¡Su amigo!... y el otro don...
Esto se va transformando...)
NARC. ¿Qué ocurre?... ¿decia usted...
MARCOS. Las señoras de Pizarro
preguntan si quiere usia
ir esta noche al teatro,
y si vendrán á buscarla
ó esperarán en el palco.
NARC. No, diga usted que esta noche
renuncio á los *Puritanos*,
porque tengo que coser
y repasar seis canastos
de ropa, que hace mas falta
á mi casa que los cánticos.
(Se retira Marcos por el fondo.)

ESCENA VI.

NARCISA, TEODORA.

- TEOD. ¿Y se va á privar usia
de lo que tanto le gusta?
Yo me avendré con la ropa,

y en breve... porque aunque abulta bastante, como está nueva no es gran cosa la costura.

NARC. (Sentándose junto á Teodora y poniéndose á coser.)

No importa, amiga, no importa; ante el deber no hay excusa, y aunque es un grande placer para mí la buena música, tambien se encuentran placeres en el dedal y la aguja.

TEOD. Pero cuando no hay costumbre...

NARC. Verdad; pero se procura... si en vez de darme á paseos, modas, bailes y tertulias, me hubiera ocupado mas de lo que ahora me ocupa, esta ropa no tendria tantas bocas... que aunque mudas, bien mirado, bocas son que de indolente me acusan.
TEOD. ¡Ay!... pues de mí ¿qué dirán? si á usia...

NARC. Dirán en suma que siempre tienen los malos ejemplos estas resultas. Este mantel está ya: dóblalo y dame esa funda. Dirán que si la cabeza no dirige bien, no impulsa, el brazo se estará quieto ó se moverá sin brújula.

TEOD. ¡Qué buena es usia...

NARC. ¿Buena?

con indulgencia me juzgas. Yo tambien ayer creia en medio la baraunda de los egregios salones, que era una santa presunta; pero despues una voz severa sí, pero justa, tantas verdades me ha dicho, y tan amargas algunas,

- que he visto mi faz moral
tan hermosa... ¡que me asusta!
- TEOD. Daria porque la oyera...
- NARC. ¿Quién, Teodora?
- TEOD. ¡Qué pregunta!
Don Guillermo, ese pollito
á quien el cielo confunda.
- NARC. Y ¿por qué?
- TEOD. Porque es un necio;
no hay hombre que mas presuma...
y ¡qué lengua!... ni una vibora:
y ¡vaya un alma!... ni Judas.
¿No sabe usia...
- NARC. Comprendo,
no es menester que concluyas.
Ha unos dias que he notado...
- TEOD. Sí, mucho, que anda á la husma.
- NARC. Y ahí tienes las consecuencias
del *sans façon* que se usa.
Hemos dado en tratar cosas
muy graves en son de burla,
y burla burlando, algunos
cuentan por cosa segura...
- TEOD. Ya!... pero de eso...
- NARC. Nosotras
tenemos toda la culpa.
- TEOD. ¡Vaya, señora!
- NARC. Lo que oyes,
no abrigues la menor duda.
Entre nosotras, las damas
de empingorotada alcurnia,
con todos nuestros brillantes
y nuestras gasas y plumas,
suele haber cada plagueta
que han menester Dios y ayuda...
Acerca esa camisola.
- TEOD. Cuidado con ser injusta.
Si todas fueran tan malas
como usia...
- NARC. ¡Gran fortuna
seria para los hombres
si como yo hubiera muchas!

TEOD. Pues ¿qué hay que decir de usía?
¿Habrá nadie á quien ocurra
dudar de su honor siguiera?

NARC. No temo ni á la calumnia
por ese lado, Teodora;
pero ¿la buena conducta
de una madre de familia,
de un ser en el que se anudan
tantos lazos, solamente
en la castidad se funda?
¿Bastía decir: «Soy honesta,
no pertenezco á la turba,
á la insensata falange
de las esposas perjuras...»
para abandonarse al mundo,
para arrojar en la tumba
del olvido otros deberes
otras virtudes mayúsculas;
flores puras, delicadas,
que con lo honesto se adunan
y forman el ramillete
que mas nos honra y perfuma?
¡Error vulgar! Á ese error
he tributado en mas de una
y en mas de dos ocasiones
mis ofrendas sin cordura.
Por ese error adoptamos
unas costumbres absurdas
que con la recta razon,
con el buen sentido pugnan.
Blasonamos de benéficas,
y no nos privamos nunca
de tanta superfluidad
con que el lujo nos adula.
Presumimos de hacendosas,
de llevarlo todo á punta
de lanza, y hácia las dos
madruga... la que madruga.
Muy devotas, eso sí;
y hacemos hasta diabluras
para ocultar una cana
ó disfrazar una arruga.

¡Mucho pudor!... y á los bailes
nos vamos medio desnudas:
descuidamos nuestros hijos
por cuidar los de la Inclusa:
derrochamos... sin pensar
en que los maridos sudan...
en que los pobres á veces
de mala manera buscan
lo que ha de satisfacer
nuestros caprichos... ¡Oh ilusas!
¡Bien haya la que con tiempo
recoge velas y muda...
Dame, dame otra labor...

TEOD. ¿Otra? si ya no hay ninguna:
hemos ido por la posta
y emprendido con tal furia...

NARC. Bien; otra prepararemos,
no hay que perder coyuntura.
¿Ves? ¿no respiras mejor?
¿no sientes la dicha oculta
que proporciona el cumplir
con los deberes...

TEOD. No hay duda...

NARC. Voy adentro á poner órden
en mis armarios. Eseucha;
recoge eso en cuanto acabes
y que lo aplanche Facunda.

TEOD. ¿Y si vuelve don Guillermo?
NARC. Que no recibo.

TEOD. ¡Aleluya!

NARC. Con esto y con que don Santos
logre vencer... ¡qué ventura!
(Entra en la habitacion de la izquierda.)

ESCENA VII.

TEODORA, despues FERNANDO.

TEOD. Pues si da placer la aguja,
el de hoy ha sido colmado.
(Sigue doblando y recogiendo la ropa. Fernando sa-
e de la habitacion de la derecha.)

- FERN. ¡Pobre hijo! me ha desarmado...
¡qué listo!... y ¡cómo dibuja!
Con una limpieza, un arte...
¡Ay de mí! fuera ni dentro...
nada, está visto; no encuentro
reposo en ninguna parte.
Si volverá?... Es un guijarro
su carácter... se negó...
y si una vez dijo... «¡No!»
¿qué ha de volver? ¡si es navarro!
- TEOD. ¿Se siente usted mal?
- FERN. Si, sí;
(Señalando á la cabeza y al corazon.)
esta y este no van bien.
Me angustian...
- TEOD. Á mí tambien.
- FERN. Me ahogan...
- TEOD. Tambien á mí.
- FERN. ¿Á usted, Teodora?
- TEOD. Pues no?
- FERN. ¿Cómo... ¿cuál es su dolencia?
- TEOD. Escrúpulos de conciencia.
- FERN. Calle!... lo mismo que yo.
Pero usted nunca podrá
acusarse de un olvido
tan...
- TEOD. Me acuso de haber sido
algo coqueta...
- FERN. Pues ya!...
Ese pecado á mi ver
no es de los gordos, los malos...
- TEOD. He recibido regalos...
- FERN. Ps!...
- TEOD. Y los quiero devolver.
- FERN. (¡Pobre... es buena su intencion...)
Por lo que observo, Teodora,
aquí ha sonado la hora
de la rectificacion.
- TEOD. El instante es oportuno...
conque me hará la merced...
- FERN. Nada, guárdelos usted
sin escrúpulo ninguno.

Tan claro mi error hoy ví,
tan triste y arrepentido
me encuentro por lo que he sido,
que ya no soy el que fui.
Por lo tanto, sin oprobio
los puede usted conservar.

TEOD. Es que me voy á casar...

FERN. Mejor; y ¿quién es el novio?

TEOD. Marcos.

FERN. ¿Marcos?... me acomoda:
echemos al mar pelillos
y guarde esos regalillos
como presente de boda.

TEOD. Señor, mi agradecimiento
no encuentra...

FERN. Ni es menester;

siga usted siendo mujer
de juicio, y quedo contento.

¡Ojalá que consiguiera
arreglar tan fácilmente
el embrollado expediente
de mi padre... mas Dios quiera,
Dios quiera que estos quebrantos,
esta penetrante herida
no amarguen toda mi vida...

TEOD. Puede que...

FERN. ¿No ha vuelto Santos?

TEOD. Aun no.

FERN. En vano su fervor
querrá aplacar el despecho...
Póngase usted al acecho,
y si los ve...

TEOD. Voy.

(Sale Teodora fondo izquierda y entra Marcos, fondo derecha.)

ESCENA VIII.

FERNANDO, MARCOS.

MARCOS. ¿Señor?

FERN. ¿Qué es ello, Marcos, qué dices?

MARCOS. Le queria consultar...

FERN. Sí, ¿qué te vas á casar?
lo apruebo, sed muy felices.

MARCOS. No era eso... ¿Pero qué! usia
tiene noticia?

FERN. Teodora
me lo ha revelado ahora,
y apruebo, por vida mia,
que con esa actividad
marchéis por tan buen camino:
Sí, seré vuestro padrino,
os dotaré!

MARCOS. ¡Qué bondad!

FERN. Me sirves con afanosa
lealtad, y debo por eso...

MARCOS. Lo que es por eso... confieso
que no merezco gran cosa.

FERN. Eh?

MARCOS. Señor... la tentacion...
como no sé me exigia
que diera cuentas al dia...
he sido un poco sison...
Poco ha sido... pero al ver
á usia tan caballero
con nosotros, debo y quiero
lo sisado devolver.

FERN. Bien, basta que te arrepientas:
lo que sea te lo doy
con mi absolucion; desde hoy
haremos corte de cuentas...
Si con mayor atencion
hubieramos vigilado,
te habriamos evitado
caer en la tentacion.
Sí, no miremos atrás:
todo lo que ha sucedido.
sucedió; asunto concluido,
vida nueva: ¿hay algo mas?

MARCOS. Señor, saber me interesa
si hoy se come...

FERN. Ya se ve.

MARCOS. ¿Cuántos cubiertos pondré?

- FERN. Los de siempre, ¡buena es esa!
- MARCOS. Como hoy el señor mayor parece que...
- FERN. Es cierto... ¡es cierto!
- habrá de sobra un cubierto hoy en mi mesa... ¡el mejor!
- Á cada paso un gemido... ¡mi mesa desierta está, pues no la presidirá quien siempre la ha presidido!... Él, que todo lo llenaba... ¿quién ha de comer? ¡Dios mio! al ver su asiento vacío!...
- MARCOS. Pues por eso preguntaba...
- FERN. No sé... no; ¡déjame ya!
- ¿quién piensa en comer ahora?
- Mira, ahí sale la señora... pregúntale...

(Salen Narcisa de la habitación de la izquierda, y Sabino de la de la derecha con un plano. Marcos habla aparte con Narcisa.)

ESCENA IX.

NARCISA, SABINO, FERNANDO, MARCOS.

- SABINO. ¿Á ver, papá?
- ¿le parece que va bien y que á la escala se ajusta...
- FERN. Perfectamente, me gusta.
- SABINO. ¿Y la figura...
- FERN. Tambien.
- Pero, hombre .. ¿quién lo creyera?
- (Olvido, locuras mias...)
- No sabia que sabias dibujar de esta manera.
- SABINO. Antes... los muchos descuidos... pero hoy es cuestion de honor, y para hacerlo mejor aguzo bien los sentidos...
- FERN. ¡Hijo del alma! mentira parece lo que ha pasado...

- ¡dame un abrazo apretado...
NARC. (Acercándose. Marcos se retira por el fondo.)
¿Qué es eso?
FERN. ¿Qué ha de ser... mira.
(Mostrándole el plano.)
¿Ves que cosa tan cabal?
NARC. ¿Es de él?
FERN. Sí, mujer. Señor!
¿no es esto mucho mejor
que escribir de prisa y mal?
SABINO. Olvide usted mis errores,
ya sé que fueron de bulto...
FERN. ¡Hijo!... todos hoy de indulto
necesitamos.
(Sale Teodora apresuradamente por el fondo.)

ESCENA X.

DICHOS, TEODORA.

- TEOD. Señores!
TODOS. ¡Qué?!...
TEOD. Don Santos y el abuelo
han entrado en el portal.
FERN. ¿Estás segura?
TEOD. Sí tal.
FERN. ¡Ah Santos!... ¡prémiete el cielo!
TEOD. ¡Qué llaman!
NARC. ¿Y bien?
FERN. ¿Qué haremos?
NARC. ¿Esperamos?
FERN. No, no; entremos
hasta que Santos nos diga...
¿No te parece?
NARC. Bien, sí.
FERN. (Llevándose a Narcisca á la habitación de la izquierda.)
Pues entremos por acá.
TEOD. (Escapando por el fondo.)
Pues yo me voy por allá.
SABINO. (Entrando en la habitación de la derecha.)
Pues yo me agazapo aquí.

(Todos se ocultan y aparece D. Jerónimo apoyado en el brazo de Santos.)

ESCENA XI.

SANTOS, D. JERÓNIMO.

- JERÓN. En nombre de Dios...
- SANTOS. Amen.
- (Llevándolo y sentándolo en un sillón que habrá cerca de la puerta de la habitación de la derecha.)
Venga usted aquí. ¿Qué tal se encuentra usted?
- JERÓN. Menos mal;
pero no me siento bien.
- SANTOS. Es natural; mas la suerte con la calma le convida...
Ha sido la sacudida para su edad algo fuerte...
Pero, por dicha, el revés ya está resuelto...
- JERÓN. ¿Resuelto?
¡Jum!... por mí no hubiera vuelto á poner aquí los pies.
- SANTOS. Bueno es que la autoridad por propio derecho impere; pero... ¡que no degenera el derecho en terquedad!
- JERÓN. Tratado he sido de un modo tan atroz...
- SANTOS. Sí, bien lo veo.
- JERÓN. Que autorizado me creo para todo, para todo.
- SANTOS. Y no le falta razón: debe usted ser acatado... pero ninguno ha pecado con maliciosa intención; y eso aminora el efecto, le despoja de lo grave... además, usted lo sabe, aquí no hay nada perfecto. Por tanto, á los que nos hieren,

sin intencion, toleremos,
y el derecho conquistemos
de que á su vez nos toleren.
JERÓN. ¡Tolerar yo... ¡buen antojo!
á ninguno le he faltado...

SANTOS. Es cierto; ¡pero ha llevado
tan lejos, señor, su enojo!
Tan sin medida y sin tasa
dejó sus ímpetus ir,
que ha podido producir
un cataclismo en la casa.

JERÓN. Por ser unos desalmados
tenian bien merecido
todo eso.

SANTOS. Y ¿hubieran sido
solo ellos los castigados?
Al flotar el estandarte
del desconcierto y la saña,
¿quién hubiera en la campaña
llevado la mejor parte?
Ninguno: con tales modos
nadie el bien ha conseguido:
todos hubieran perdido,
y usted, señor, mas que todos.
Con sus achaques, sus años,
su manera de sentir...
¿cómo iba usted á vivir
solo, al cuidado de extraños?
Aunque sean importunos
y den pesares prolijos,
los hijos, al fin son hijos.

JERÓN. No lo parecen algunos.

SANTOS. ¡La eterna severidad!
¿No ha salido usted aun
de su error? ¡Error comun
á los hombres de su edad!
Con nuestra social reforma,
en el mozo y en el niño,
no es que ha cambiado el cariño,
lo que ha cambiado es la forma...
la manera de expresar
cada unidad lo que siente:

siendo esta la ley vigente,
á ninguno hay que culpar.
Cosas nuevas por instantes
asoman: otras caducan:
los hombres hoy no se educan
como se educaban antes.

Antes solo se exigia
sumision ciega, con creces...
sin ver que daban á veces
aliento á la hipocresia.

Hoy beben con libertad
la buena y la mala ciencia,
y aunque hay menos reverencia
hay mas espontaneidad.

En suma, señor, colijo
que viene, cuadro ó no cuadro,
tras la autocracia del padre
la autonomia del hijo.

Y como por bien ó mal
todo es, en forma y esencia,
la lógica consecuencia
del movimiento social,
es inútil, ciertamente
empeñarse en detener
contrarestar y vencer
el ímpetu del torrente.

¿Quién aquí su movimiento
habrá que altere ó resista...
si somos la pobre arista
que vaga á merced del viento?

JERÓN. ¿Segun eso el sumo bien
estriba en abandonarse,
dejar hacer y humillarse
y á todo decir amen?

Y aunque un muchacho travieso
nos tache de necio y loco...

SANTOS. No, ni tanto ni tampoco;
yo no puedo aprobar eso.

JERÓN. Qué!... ¿la honradez, el llevar
la frente de nieve orlada,
¿no significan ya nada?

SANTOS. ¿Pues no han de significar?

lo que antes, lo que despues;
sobre eso no, no transijo:
pues ¿no ha visto usted á su hijo
llorando humilde á sus pies?
Si el pobre ya ha procurado
curar la imprevista llaga
¿qué mas quiere usted que haga?
¿Y usted?... ¿cómo le ha tratado!

JERÓN. Ya, pero no hay que olvidar...
SANTOS. Pues si eso es lo que hay que hacer...

JERÓN. ¿Y mi agravio?

SANTOS. Y el placer...

¡el placer de perdonar?!

JERÓN. Es verdad, muy cierto... sí;

es un placer el mas grato...

pero observo que hace un rato

que estoy esperando aquí,

y aunque tienen tanto afan

de verme, segun nos cuentan,

ello es que no se presentan;

¿dónde mis hijos estan?

(Á una seña de Santos, sale Sabino de la habitacion de la derecha y se acerca á D. Jerónimo sin que este lo note.)

ESCENA XII.

DICHOS, SABINO, despues NARCISA, FERNANDO.

SANTOS. Como está usted enojado,
el temor... no la tibieza...
mas vuelva usted la cabeza
y mire por ese lado.

JERÓN. (Reparando en Sabino que se arrodilla. Á otra seña de Santos, salen de la habitacion de la izquierda Fernando y Narcisa, se acercan á D. Jerónimo y se prosternan al lado opuesto al en que está Sabino.)
¿Tú, pequeño Barrabás?
ya has visto, qué turbacion...

SABINO. (Tomando y besando la mano á D. Jerónimo.)
Perdon, abuelo, perdon...
no volveré á escribir mas.

- JERÓN. (Acariaciéndolo.)
Me basta que te remuerda
la conciencia... Á lo hecho, pecho.
Y tus padres ¿qué se han hecho?
- SANTOS. Repare usted á la izquierda.
- FERN. Padre!
- NARC. Señor!
- JERÓN. ¡Hijos míos...
¿asi rodeais mi asiento?
¡Me indemniza este momento
de todos vuestros desvios!
Y pues de la dicha en pos
vamos en plácida calma...
¡abrazadme, hijos del alma!
- SANTOS. (Detrás de todos con las manos cruzadas y mirando
al cielo.)
(Dios mio... ¡gracias á vos!...)
- FERN. Pero ¿y Santos? Ven, santón;
si hoy tan dichosos nos vemos,
¿á quién, á quién lo debemos?
- SANTOS. Á vuestro buen corazón.
(Salen por el fondo Teodora y Marcos. Este trae en
una bandeja una tarjeta que presenta á Fernando.)

ESCENA ÚLTIMA.

- NARCISA, TEODORA, SANTOS, SABINO, FERNANDO, D. JERÓNIMO, MARCOS.
- MARCOS. Señor?... un mozo de esquina
ha dejado en el portal...
- FERN. «GUILLERMO DE SANDOVAL,
órdenes para la China.»
- SABINO. ¡Pues apenas va mi amigo
á emprender un...
- SANTOS. Inspirado
por Dios, va á mudar de estado...
mañana saldrá conmigo.
- FERN. ¿Contigo?... ¡Nadie me arguya...
- SANTOS. Es fuerza.
- FERN. Si allí no tienes
familia, ni ajuar, ni bienes,
y aquí nuestra casa es tuya...

¿á qué vas á tan lejanos
países? Si solo estás,
aquí en mi casa hallarás
tu familia, padre, hermanos...

(Abrazándolo.)

¿Conque sí, eh? Cosa es clara,
lo demas, hombre, sería...

TEOD. (Á Santos.)

Y yo, señor, que queria
que usted mismo nos casara...

NARC. ¿Qué estás diciendo, mujer?

¿casarte, él?—

TEOD. Pues sí, señora.

NARC. Pero él en eso, Teodora,

¿qué tiene...

TEOD. ¿No ha de tener?

Como que es mi confesor.

TODOS. ¿Él!!

TEOD. Perdon si descubrí...

FERN. ¿Eres sacerdote?!...

SANTOS.

Sí;

ministro soy del Señor.

Del Señor que el áurea planta

en los claros cielos hunde,

y cuya justicia es tanta,

que á los humildes levanta

y á los soberbios, confunde.

Dígalo yo, abandonado

desde que entré en este valle,

hijo infeliz del pecado,

niño inocente arrojado

en la mitad de una calle,

cómo en mí no halló baldon,

ni mancha, ni puso tilde

al darme su bendicion;

¡que Dios protege al humilde,

al limpio de corazon!

Ah! y sabeis el instrumento

que en aquel triste momento

escogió su augusta mano

para mi vida y sustento?

Ahí lo teneis.—Ese anciano.

Ese, á quien mas de una vez
llenais de afan y amargura,
ese, de la piedra dura
levantó la criatura
y abrigó su desnudez.
Por eso hoy es venturoso;
por eso hoy logra alcanzar
á vuestro lado reposo,
que Dios no puedé faltar
al que es misericordioso.
Tampoco á mí me faltó,
y en la desventura mia
tanto mi pobreza honró,
que al ver que no la tenia
hasta familia me dió.
Familia inmensa que ufano
contemplo, con regocijo:
tengo un padre en cada anciano;
en cada huérfano, un hijo;
y en cada pobre, un hermano.
Todo mi saber se encierra
en amar la humanidad,
en corregir al que yerra;
mi casa es toda la tierra;
mi antorcha, la caridad.
Difundir hoy su reflejo
es mi obligacion mas alta:
para cumplirla me alejo;
adios, hermanos, os dejo
porque ya no os hago falta.
Adios: vivid abrazados:
consagrad vuestros cuidados
á honrar la vejez... ¿lo hareis?
honradla!... si es que quereis
á vuestra vez ser honrados.
Á este fin, bueno será
que nunca exeuseis vigilia...
y nada os molestará,
que todo en órden irá
si hay órden en LA FAMILIA.

FIN DE LA COMEDIA.

— 88 —

Examinada esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.
Madrid 10 de Abril de 1866.

El consor de Teatros.

NARCISO S. SERRA.

COMISIONADOS PRINCIPALES DE ESTA ADMINISTRACION.

<i>Albacete.</i>	S. Ruiz.	<i>Lorca.</i>	A. Gomez.
<i>Alcalá de Henares.</i>	Z. Bermejo.	<i>Lucena.</i>	J. B. Cabeza.
<i>Alcoy.</i>	Paya e hijos.	<i>Lugo.</i>	Viuda de Pujol.
<i>Algeciras.</i>	R. Muro.	<i>Mahon.</i>	P. Vinent.
<i>Alicante.</i>	A. Lloret.	<i>Malaga.</i>	J. G. Taboadela.
<i>Almagro.</i>	A. Vicente Perez.	<i>Manila (Filipinas).</i>	A. Olona.
<i>Almería.</i>	L. Iribarne.	<i>Matag.</i>	N. Clavell.
<i>Andájar.</i>	D. Caracuel.	<i>Mondodero.</i>	Viuda de Delgado.
<i>Antequera.</i>	J. A. de Palma.	<i>Montilla.</i>	J. Rodriguez Perez.
<i>Aranjuez.</i>	O. Santisteban.	<i>Murcia.</i>	T. Guerra.
<i>Avila.</i>	O. Carrascosa.	<i>Ocana.</i>	V. Calvillo.
<i>Aviles.</i>	M. Roman Alvarez.	<i>Orense.</i>	J. Ramon Perez.
<i>Badajoz.</i>	F. Coronado.	<i>Orihuela.</i>	C. Ferris.
<i>Baeza.</i>	F. Lopez Moreno.	<i>Osuna.</i>	V. Montero.
<i>Barbastro.</i>	G. Corrales.	<i>Oviedo.</i>	J. Martinez.
<i>Barcelona.</i>	A. Saavedra.	<i>Palencia.</i>	E. Rincon.
<i>Bejar.</i>	M. Illan.	<i>Palma de Mallorca.</i>	E. Pascual y J. Gelabert.
<i>Bilbao.</i>	T. Astuy.	<i>Pamplona.</i>	J. Rios Barrera.
<i>Burgos.</i>	T. Arnaiz.	<i>Pontevedra.</i>	J. Buceta Solla y Comp.
<i>Cabrera.</i>	B. Montora.	<i>Priego (Córdoba).</i>	M. P. Moreno.
<i>Cáceres.</i>	J. Valiente.	<i>Puerto de Sta. Maria.</i>	J. Valderama.
<i>Cádiz.</i>	V. Moillas y Compañia.	<i>Puerto-Rico.</i>	J. Mestre, de Mayagüez.
<i>Calatayud.</i>	F. Molina.	<i>Requena.</i>	C. Garcia.
<i>Canarias.</i>	M. Savoie, de Santa Cruz de Tenerife.	<i>Reus.</i>	J. B. Vidal.
<i>Carrnona.</i>	F. Orellana.	<i>Rioseco.</i>	M. Prádanos.
<i>Carolina.</i>	H. Lozano.	<i>Ronda.</i>	R. Gutierrez.
<i>Cartagena.</i>	J. Pedreño.	<i>Salamanca.</i>	T. Oliva.
<i>Castellon.</i>	J. M. de Soto.	<i>San Fernando.</i>	A. Molinelo.
<i>Castrourdiales.</i>	L. Ocharán.	<i>S. Ildefonso (La Granja).</i>	R. J. Serna.
<i>Ceuta.</i>	J. Bosqui.	<i>Sanlúcar.</i>	S. Lindres Echezárraga.
<i>Ciudad-Real.</i>	Viuda desallego.	<i>San Sebastian.</i>	J. R. Baroja.
<i>Córdoba.</i>	M. Muñoz y Blasco y R. Arroyo.	<i>S. Lorenzo. (Escorial.)</i>	S. Herreiro.
<i>Coruña.</i>	J. Lago.	<i>Santander.</i>	P. Basanez.
<i>Cuenca.</i>	P. Mariana.	<i>Santiago.</i>	B. Escribano.
<i>Ecija.</i>	J. Giuli.	<i>Segovia.</i>	J. Sancho Fuido.
<i>Ferrol.</i>	J. Lago, de la Coruña.	<i>Sevilla.</i>	F. Alvarez y Comp.
<i>Figueras.</i>	Viuda de Bosch.	<i>Soria.</i>	F. Perez Rioja.
<i>Gerona.</i>	F. Dorca.	<i>Talavera de la Reina.</i>	A. Sanchez de Castro.
<i>Gijon.</i>	Crespo y Cruz.	<i>Tarazona de Aragon.</i>	P. Veraton.
<i>Granada.</i>	J. M. Fuensalida	<i>Tarragona.</i>	M. Sol.
<i>Guadalajara.</i>	F. Sanchez.	<i>Teruel.</i>	A. Lázaro.
<i>Habana.</i>	Charlain y Fernandez.	<i>Toledo.</i>	J. Hernandez.
<i>Haro.</i>	M. Ibanez.	<i>Toro.</i>	A. Rodriguez Tejedor.
<i>Huelva.</i>	F. Galvez Palacios.	<i>Trujillo.</i>	A. Herranz.
<i>Huesca.</i>	M. Guillen.	<i>Tudela.</i>	M. Izalzu.
<i>Irun.</i>	R. Martinez.	<i>Tuy.</i>	M. Martinez de la Cruz.
<i>Játiva.</i>	J. Perez Fluixá.	<i>Ubeda.</i>	C. Treviño.
<i>Jerez.</i>	F. Alvarez y Compañia, de Sevilla.	<i>Valencia.</i>	F. de P. Navarro.
<i>Las Palmas (Canarias)</i>	J. Urquia.	<i>Valladolid.</i>	F. Soler.
<i>Leon.</i>	M. Gonzalez Redondo.	<i>Vich.</i>	M. Fernandez Dios.
<i>Lérida.</i>	T. Casals.	<i>Vigo.</i>	L. Creus.
<i>Linares.</i>	R. Carrasco.	<i>Villanueva y Geltrú.</i>	S. Hidalgo.
<i>Logroño.</i>	P. Briebe.	<i>Vitoria.</i>	A. Oguet.
		<i>Zafra.</i>	M. Conde.
		<i>Zamora.</i>	M. Diaz.
		<i>Zaragoza.</i>	

MADRID. Librerías de la *Viuda é hijos de Cuesta*, y de *Moya y Plaza*, calle de Carretas; de *A. Duran*, Carrera de San Gerónimo; de *L. Lopez*, calle del Cármen, y de *M. Escribano* calle del Príncipe.

